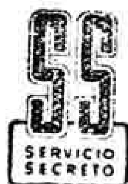

SS
SERVICIO SECRETO
MARK HALLORAN
OBLIGADO A MORIR

OBLIGADO A MORIR

MARK HALLORAN

Obligado a morir

1.ª EDICIÓN
AGOSTO - 1959



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BUENOS AIRES

CALIFICACION DE NUESTRO ASESOR MORAL



PARA PERSONAS FORMADAS

DEPOSITO LEGAL B 9362 - 1959

PRINTED IN SPAIN - IMPRESO EN ESPAÑA

Impreso en los talleres de
Editorial Bruguera, S. A. - Proyecto, 2 - Barcelona

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE:

312. — ¡Volad, insectos de plomo! 480. — El hombre de Dodge. 603. — Johny, ha vuelto.

En Colección BUFALO:

27. — Rastros humeantes. 61. — Ha llegado un hombre. 198. — Jinetes en el cielo.

En Colección SERVICIO SECRETO:

475. — Muerte en el vacío. 462. — Corona de muertes. 465. — Negro es el abismo. 468. — Barrio frances.

En Colección CONGO:

4. — Los diamantes de Kwan.



CAPÍTULO PRIMERO

Debajo de la manta había un cuerpo humano. Seguro que era un cuerpo: las formas resultaban inconfundibles. Un cuerpo completamente inmóvil.

Wall maldijo su suerte mientras desde el umbral lo mantenía iluminado con su linterna. Luego avanzó unos pasos, se aproximó al camastro y tiró de la manta.

Contuvo la respiración.

Había visto muchos cadáveres en su vida: le hubieran puesto en un aprieto obligándole a contarlos; pero, de todos, el de Erika Heinke era el peor. A Mitia Sobolov, por ejemplo, le habían decapitado en Bagdad el año cincuenta, y a aquel, inglés, Richards, que manejaba todos los resortes del Intelligence Service en Oriente Medio, le habían abierto en canal. A ambos los había encontrado Wall antes que nadie, como ahora encontraba a la mujer y, sin embargo, el horror de lo que le habían hecho a ella superaba con mucho lo que les habían hecho a Richards y a Sobolov. Pensó que en parte se debía a que Sobolov fue, simplemente, un hombre obeso, de cráneo ancho y manos sudorosas, perpetuamente impregnado de hedor a tabaco agrio, y Richards un inglés alto y huesudo, de gran nariz, prominente la nuez de la garganta; Erika Heinke había sido, en cambio, una criatura deliciosa. Sosteniendo levantada la manta, Wall evocó su figura de Venus germánica, la belleza turbadora de su rostro, los labios

glotones que raras veces perdían su sonrisa, las pupilas verdes bajo un rizo de cabello color de miel. Parecía imposible, aun teniéndolo ante los ojos, que todo aquello hubiera sido reducido a pulpa.

—Lo siento, nena —murmuró—. Fue una distracción, lo juraría; y tú habías de saber que las distracciones se pagan caras.

Soltó la manta y dio media vuelta.

Retrocedió por dónde había venido, por el pasillo tenebroso que olía intensamente a heno y algarrobas. Se detuvo al oír en la escalera, al fondo, unos pasos pesados. Apagó la linterna. Alguien acudía, y a ningún precio quería que le encontraran allí. No era precisamente el momento apropiado.

Tanteó hacia atrás y halló una puerta abierta, no del todo, pero lo suficiente para permitirle la entrada. El olor a heno y algarrobas fue sustituido por olor a vino. Lanzó hacia el interior de la pieza un destello de la linterna y vislumbró media docena de toneles, así como unas formas más allá, pendientes del techo, que hasta que estuvo de nuevo a oscuras no se le ocurrió que eran embutidos y jamones.

Se ocultó detrás de un tonel y esperó. Los pasos pesados se aproximaron por el pasillo y con ellos una luz temblorosa, la de una vela. La puerta fue empujada para que se abriera más. Un hombre entró y pasó a pocos palmos de Wall, con la vela en una mano y en la otra un jarro de porcelana. Una nuca pesada, unos hombros cargados, un pelo cortado a lo cepillo, un espeso bigote, un rostro congestionado y una nariz bulbosa: Monsieur Simonetti en busca de combustible con que calentarse el estómago.

El hombre dejó la vela sobre un tonel, abrió la espita de este y llenó la jarra. Bebió un largo trago, chasqueó los labios y volvió a abrir la espita para reponer lo que había bebido. Luego, recogió la vela y se marchó.

Wall escuchó con atención, para percatarse de si los pasos continuaban pasillo adelante o retrocedían de nuevo hacia la escalera. Retrocedieron. Suspiró. Cuando los pasos se hubieron apagado salió de la bodega y encendió otra vez la linterna para iluminar su camino a través de la oscuridad.

Al pie de la escalera había una puerta entre cuyas tablas resquebrajadas se deslizaba la vaga claridad nocturna del exterior. Wall la abrió, soportando impertérrito sus gemidos y crujidos, y se encontró fuera, junto a un pajar. En las construcciones que tenía a la derecha se oía gruñir a unos cerdos y piafar a un caballo o un mulo. Los animales reclamaban pienso, o de lo contrario estarían dormidos a aquella hora; quizá monsieur Simonetti no tardaría en acudir. Lanzó una mirada al piso principal de la casa, vio la luz amarillenta de la cocina y le pareció distinguir las siluetas del hombre y de una mujer, madame Simonetti, que abultaba el doble que aquel. Una radio transmitía la inconfundible voz de poeta anarquista de Georges Brassens. Era muy propio de los Simonetti, quienes sin duda

tenían sus ahorros enterrados bajo una piedra, haber limitado al piso principal de la granja la instalación eléctrica.

Pisando una alfombra de estiércol, bordeando a continuación una acequia, Wall se alejó. La noche era suficientemente clara para permitirle caminar con aplomo. Ganó la carretera, retrocedió hasta los árboles donde había dejado el coche, montó en este y lo puso en marcha. Dejó que el motor rugiese. Alarmaría a los Simonetti, pero, ¿qué importaba ya?

El pueblo estaba a corta distancia. Antes, al final del trecho en que la carretera corría paralela al canal, se encontraba el Café de la Esclusa. Esta, la esclusa, se hallaba detrás del café.

Wall detuvo el coche y entró en el local. Otra radio, un armatoste del año treinta, transmitía el mismo programa. Brassens. Cuatro hombres jugaban a los naipes sobre el mármol de un velador. Flotaba en el aire un olor anisado. Otro hombre, con quepis de cartero y una botella de Calvados ante sí, chupeteaba un vaso en el mostrador, discutía de ciclismo con el mozo.

Wall pidió un ajenjo y hablar por teléfono con París.

El mozo le miró recelosamente.

—¿Conferencia?

Era fornido, de ojos negros muy juntos, tez cetrina, mandíbula azulada. Arremangada la camisa blanca, los tatuajes de sus velludos y musculosos antebrazos contaban parte de su historia: paracaidista, Bu Saada, Yebel Chelia, 25 marzo, Aixa, Lisette.

—Con París —repitió Wall.

—¿Qué número? Yo sé lo pediré. A veces…

«A veces dicen París, piden Marsella o Bayona y la diferencia le toca pagarla a uno», completó Wall mentalmente. Había allí quien defendía un franco a dentelladas.

Dio el número y esperó sorbiendo el ajenjo a que el mozo le tendiera el aparato, establecida ya la comunicación.

—Con el comisario Thiess —dijo. Y enseguida—: Thiess, soy Wallace Donovan.

Al otro extremo del hilo, la voz no denotó curiosidad:

—Bien, Donovan.

—Le invito a una copa dentro de media hora en el bar de Madeleine. Tengo que hablarle.

—Un cuarto de hora mejor.

—No, estoy en Le Marché, cerca de Rueil.

—Una hora, entonces.

—En tal caso le invito a cenar.

—Bien —dijo simplemente la voz del comisario.

El mozo se precipitó al teléfono apenas Wall hubo colgado y preguntó a la central el importe de la conferencia. El cartero estaba ahora silencioso,

lanzando por encima de su vaso miradas ceñudas.

Wall pagó y se marchó.

Cuarenta minutos después estacionaba su «Alfa Romeo» junto al bulevar Raspail y entraba en el bar de Madeleine. Ella, Madeleine, que llevaba el cabello teñido de rubio platino, solía sentarse en un taburete alto detrás del mostrador, ante la caja, vestida con unos pantalones y una blusa negra, y abandonaba su puesto para atender personalmente a los clientes conocidos y contarles chistes subidos de tono. Erika Heinke se había reído más de una vez con aquellos chistes, de aquella manera suya, echando un poco la cabeza hacia atrás, viviendo en la risa. Wall lo pensó al acodarse en el mostrador y pedir un ajenjo, mientras Madeleine, que le hablaba al oído a un individuo calvo y sonrosado, le saludaba guiñándole un ojo.

Luego, dejando que el calvo riera, la rubia se colocó frente a él.

—¿Aventuras rurales? —preguntó.

Wall frunció el entrecejo.

—¿Rurales?

—Viene usted del campo. —La mujer se inclinó por encima del mostrador y desprendió una brizna de heno de la manga de su chaqueta. Aspiró el olor de la brizna y entornó los párpados—. ¡Hum! La infancia perdida, los viejos tiempos de las muchachas en flor y los idilios entre lechugas. ¿Sabía usted que me crie en una granja?

—No.

—En Provenza, cerca de Aix. ¡Ah, aquellos galanes provenzales de sangre ardiente! Escuche lo que le pasó a uno que vino a París a cobrar una herencia. ¿O conoce la historia?

Wall dijo que no; la escuchó, y rio por cortesía. Ella lo notó.

—¿Qué le pasa?

—Cansado, quizá.

Madeleine miró su vaso.

—No beba ajenjo. Tírelo. Esto para los poetas malditos, para llorar por uno mismo porque uno es un perro sarnoso, cuando lo es. Le diré a Pierre, ¡eh, Pierre! que le prepare un cóctel de champaña.

Él la dejó hacer. Bebió el cóctel y pidió otro. Estaba terminando el segundo cuando, seis minutos antes de la hora convenida, llegó el comisario Thiess.

Era joven para comisario, y parecía más joven aún de lo que era en realidad. No tenía una cana, no se le había caído ni un pelo. Sus ojos grises miraban de frente. Poseía un instinto especial para —vestir con elegancia, sin gastar dinero en trajes.

—¿Qué quiere, Donovan?

Wall consultó su reloj, llevó al comisario al contiguo salón restaurante y encargó la cena para ambos. —Más vale que lo sepa antes de que le corte

la digestión —dijo—. Han asesinado a Erika Heinke.

Thiess escrutó su rostro.

—¿Dónde?

—En Le Marché, cerca de Rueil; en una habitación del piso bajo de la casa de campo de los Simonetti, a un kilómetro del pueblo.

Permítame llamar por teléfono —dijo el policía, levantándose.

—Si va a enviar a alguien allí —le advirtió Wall—, que sea un tipo de estómago resistente. No es agradable verla.

Thiess titubeó un instante, se marchó y regresó a los pocos minutos. La expresión de su cara era dura.

¿Qué hacía Erika en Le Marché? —preguntó al sentarse.

—No lo sé —Wall se encogió de hombros y examinó sin apetito la ración de «pâté» que tenía en el plato—. Probablemente ocultarse. Recibí hoy una nota suya, enviada por correo, citándome en esa granja. Indicaba la hora, daba toda clase de pormenores acerca de cómo debía introducirme y acudir a su encuentro sin llamar la atención. He seguido las instrucciones y la he encontrado muerta, destrozada, machacada. En la casa vive un matrimonio de campesinos. O son sordos, o quien despachó a Erika lo hizo estando ellos ausentes. No es un trabajo como para no armar ruido.

—¿Qué dicen?

—¿Los Simonetti? Fui y me marché sin que me vieran. A otro le mezclan en esto, no a mí; bueno estaría…

Thiess comía. Untaba trozos de pan con mantequilla, colocaba encima porciones de «pâté» y se los llevaba a la boca.

—No me gusta lo que ha pasado, Donovan.

—¡Dígamelo! —replicó Wall secamente—. Erika era, que yo sepa, la única persona que conocía a Lehmann. Alguien debía de saberlo como lo sé yo, alguien tan interesado en encontrar a Lehmann como yo lo estoy, pero mucho menos respetuoso con la belleza femenina. La pobre Erika las ha pasado moradas antes de expirar.

—¿Antes?

—A juzgar por su aspecto la han torturado; no me obligue a entrar en minucias. —Wall apartó su plato intacto y llamó con una seña al camarero —. Traiga una botella de Grand Berny, brut del veintinueve.

—¿Por qué champaña? —preguntó el comisario.

—Consejo de Madeleine para que uno se olvide de que es un perro sarnoso. ¡Infiernos, Thiess! Yo metí en esto a Erika, trate de comprenderme.

—Si —dijo Thiess, pensativo—. Pero pudo haberme avisado, ¿no? Nosotros ignorábamos que ella y Lehmann se conocieran. Vea lo que ocurre por jugar sucio. Yo he actuado desde el principio creyendo de buena fe que Kurt Lehmann era para usted, como para nosotros, un fantasma sin rostro, un nombre sin entidad, un mito. Ahora resulta que

Erika Heinke le conocía y que a través de ella se le podría encontrar; ahora, cuando ya es demasiado tarde.

—Le conoció en Viena —explicó a regañadientes Wall—, en la época en que él estaba en su apogeo. Ofrecimos pagar bien el favor de encontrarle antes del viernes, y Erika accedió. El dinero, a estas alturas, era ya lo único que le interesaba… ¿Qué demonio quiere? —añadió, al observar que el comisario movía ceñudamente la cabeza—. A ustedes Lehmann no les merece más que curiosidad, pero para nosotros es más peligroso que una bomba de hidrógeno con la espoleta a punto. Y más valioso que el oro de Fort Knox. ¿Por qué se imagina que voy a ponerle al corriente de todos mis pasos?

Thiess dirigió su fría mirada en torno.

—Me molesta hablar en público de estas cosas.

—No hablemos, entonces. Mi única intención era informarle de lo ocurrido y comunicarle que ya no me será posible evitar la emisión del viernes, a no ser que intervengan ustedes y le paren los pies al condenado Alphand.

—No se haga ilusiones, Donovan: a Alphand no podemos pararle los pies; está en su derecho. Y no me gustaría, entérese, que usted o quien sea, viéndose impotente, intentase impedir por lo tremendo que cumpla con sus propósitos. Anote e informe a los suyos que Roger Alphand se encuentra bajo nuestra protección.

El camarero sirvió el champaña.

¿Qué imagina? —preguntó Wall después—. ¿Quizá que, como último recurso, nos cargaremos a su idolatrado periodista?

—No me sorprendería interviniendo usted.

Wall bebió. Luego dijo:

—Quítese la máscara, Thiess; quítensela todos ustedes. Lo que ocurre en realidad es que piensan divertirse el viernes como nunca en su vida. La consabida envidia, el consabido rencor hacia nosotros, los americanos. Entre Kurt Lehmann y Roger Alphand van a causar a los Estados Unidos un daño irreparable, y ustedes no moverán un dedo, ¡oh, no! para impedirlo. Se hincharán de reír viéndonos en ridículo, lo sé. Pero quizá algún día descubran que el daño que nosotros sufrimos cae de rechazo sobre sus cabezas. No en vano navegamos todos a bordo del mismo bote.

Thiess disimuló un bostezo.

—Si tan grave es la situación, ¿por qué su Gobierno no protesta oficialmente?

—¿En nombre de qué? Oficialmente nada tenemos contra Lehmann.

El comisario concentró un momento su atención en los filetes de lenguado que acababan de servirle.

—Mire, Donovan —dijo a continuación—: el problema es de ustedes, no mío. Si quiere que le tienda una mano, bien, puedo tendérsela

protegiendo a Lehmann además de a Roger Alphand hasta que se haya efectuado la emisión del viernes, pero para ello necesito saber dónde se oculta. En cuanto a prohibir esa emisión, le diré lo mismo que usted dice: ¿en nombre de qué? Le ruego que no hablemos más del asunto.

Wall se sirvió otra copa de champaña.

—¿Y Erika?

Thiess movió la mano como para espantar una mosca inexistente.

—Sabe usted tan bien como yo que nunca encontraremos a su asesino. Estos asesinatos no se aclaran jamás.

—Ante la justicia regular, por lo menos.

—Eso quise decir —asintió el comisario, saboreando una porción de filete—. Nunca encontraremos al asesino de Erika, si no es en una cuneta y con un tiro en la nuca.

CAPÍTULO II

El general Quarry era una especie de Yul Brinner de sesenta años, pelón, con ojos duros y sonrisa entre irónica y cansada, más cansada ahora que acababa de llegar en vuelo directo desde Washington a bordo de un B.52 de la U.S.A.F. Michael Finney, jefe del Servicio de Información del Mando Central en Europa, le sirvió un whisky esperando mejorar su talante. Luego preguntó con cautela:

—¿Está usted informado de la situación?

Estoy informado de que la situación es grave y de que hasta el presente no se han tomado las medidas adecuadas. Me gustaría conocer su versión, Finney.

Finney cerró los ojos.

—Tenemos actuando a Wallace Donovan, el mejor hombre de que disponemos.

—Me refería a su versión de los hechos —puntualizó el general fríamente. El whisky no le interesaba—. Admitirá conmigo que, además de grave, la situación a que hemos llegado es ridícula. Quizá con un poco de mano dura…

«La perfecta solución militar», pensó Finney, resignado. Un poco de mano dura, y a otra cosa. Bastaba para ello considerar a Francia como un país ocupado, a Europa como botín de guerra. ¡Dios! No eran botín de guerra ni país ocupado, por desgracia.

—Durante siete años, desde el cuarenta y siete al cincuenta y cuatro —dijo—, Kurt Lehmann fue uno de nuestros informadores más eficaces, o por lo menos le tuvimos por tal. Un día, repentinamente, desapareció del mapa, en Hamburgo. Pensamos que había sido suprimido: gajes del oficio, un accidente de trabajo; usted me entiende, general. Pero no tardaron en llegar rumores de que no era así, de que Lehmann continuaba vivo, de que si había resuelto retirarse de la circulación era para evitarse complicaciones. Comenzaron a observarse notables coincidencias. Hechos sobre los cuales él había echado tierra salieron a luz. No tardamos en adquirir la convicción de que, en realidad, Lehmann nos había estado tomando el pelo actuando como agente doble. Ninguna prueba, eso no, aunque sí bases para una hipótesis convincente. Nos pusimos a buscarle, pero no le encontramos. Más de cuatro años ha permanecido oculto en la

sombra.

Finney calló. Sabía que el general conocía aquella historia tan bien o mejor que él, y trató de leer en su rostro si le importunaba o no que se la contase. Quarry, sin embargo, dijo:

—Siga.

Encontrar a Lehmann era muy difícil, pues los dos únicos hombres que entre nosotros le conocían personalmente habían muerto, uno el año cuarenta y nueve, otro el cincuenta y dos. Lehmann era un perfecto aventurero, probablemente un perfecto canalla, que sabía nadar y guardar la ropa. No mantenía más que contacto indirecto con nuestros servicios, y siempre se había hecho pagar bien. Todo ello le permitió esconderse sin peligro de ser descubierto, hasta ahora, hasta que Roger Alphand ha hecho estallar su bomba: se dispone a entrevistar públicamente a Lehmann el próximo viernes, en la radio. Lehmann le ha prometido revelar los motivos de que abandonara su trabajo y hablar de las interioridades de nuestra organización, de los escándalos secretos que presenció, de los casos célebres en qué intervino —Michael Finney hizo una mueca—. El punto de vista de un tipo como él puede causar a nuestro prestigio internacional mucho daño.

¿Dónde está Lehmann? —preguntó el general secamente.

—¡Ah, sí lo supiéramos se habría resuelto todo! Alphand le mantiene celosamente oculto.

—¿Qué clase de persona es Alphand?

Listo como el diablo, cínico, ambicioso, audaz y, sobre todo, muy bien informado. En pocos años se ha hecho famoso en el periodismo francés. No se prodiga: columnista de *La Poste Parisienne* tres veces por semana y una emisión de radio cada viernes; una emisión que titula «La historia de hoy» y en la que celebra entrevistas con personajes de relieve político, militar, social, artístico, literario, gente que tenga algo sensacional o escandaloso que decir. Le importa menos la información en sí que la polémica o el revuelo que la información provoque.

El general Quarry olfateó su whisky, sin probarlo aún.

—¿De dónde ha sacado Alphand a Lehmann?

—Según él, fue Lehmann quien buscó el contacto, brindándose a actuar en el programa de radio si le pagaban y si Alphand le aseguraba el incógnito hasta el momento de la emisión. Alphand aceptó enseguida. Únicamente él sabe dónde se oculta, y no lo dirá, aunque le maten.

—¿Piensan matarle?

Finney entornó los párpados.

—¿Pregunta eso en serio, general?

—Me limito a preguntarlo.

—Pues no lo hemos pensado, si quiere que se lo diga. Probablemente es lo que el Deuxième Bureau espera que hagamos, y por ello no le quita

ojo a Alphand. ¡Cáscaras, general! Imagine que en América está en peligro la vida de Elsa Maxwell, de Walter Lipmann y de los hermanos Alsop, todos a la vez. Roger Alphand es en estos momentos en Francia una figura nacional y nosotros no somos una banda de asesinos profesionales. Suponiendo que lo fuéramos, matar a Alphand resultaría más dañino que tolerar la emisión del viernes: nadie dejaría de pensar que los americanos le hemos cerrado la boca —Finney se restregó las manos en un gesto maquinal que traicionaba su preocupación—. Esto es precisamente lo que hace más peliagudo el asunto.

—¿Sí?

—No me obligue a malgastar saliva, por favor. Está claro que debemos obstaculizar la emisión del viernes, pero también hemos de impedir a toda costa que Alphand y Lehmann sufran el menor daño, pues se nos echaría a nosotros toda la culpa y el escándalo daría la vuelta al mundo. Nuestros enemigos no habrán dejado de advertirlo, y le aseguro que, si pueden, aprovecharán la ocasión.

Quiere usted decir que nuestros enemigos mataran a Alphand o a Lehmann confiando en que nadie dudará de que nosotros hemos cometido el asesinato. ¡Una maniobra maquiavélica!

—¿Se burla de mí, general? Sabe perfectamente que en ello radica el problema. ¡Maniobra maquiavélica, dice! Las declaraciones que Lehmann haga el viernes pueden ser tan perjudiciales para nosotros como para otros países, y más perjudiciales para uno en particular, Rusia, que para todos los demás; pero las circunstancias se han combinado de tal modo que somos nosotros quienes aparecemos como los mayormente perjudicados. Acháqueselo a Alphand, a la propaganda que está haciendo desde su columna de *La Poste Parisienne*. Ese hombre tiene el instinto del escándalo. Hay un hecho evidente: sobre las maniobras clandestinas rusas se ha dicho tanto que ya nadie hace caso de lo que oye, pero es la primera vez que alguien va a hablar de las maniobras clandestinas americanas y la gente está sobre ascuas por conocer los chismes. En este hecho apoya Alphand su campaña.

—Concretemos —dijo el general, examinando el whisky al trasluz: los rusos obtendrán del asesinato de Lehmann o Alphand doble beneficio: impedirán la emisión de radio que va a desprestigiarles y nos hundirán en la vergüenza a nosotros porque todos nos creerán autores del crimen; nosotros, en cambio, no solo no podemos impedir la emisión, sino que hemos de proteger a sus dos protagonistas para no huir del fuego y caer en las brasas. ¿Es esto?

—Exactamente —asintió Finney, sombrío.

—¿Opina que me he equivocado al calificar la situación de ridícula? ¿Le parece justificable haberse metido en semejante callejón sin salida? ¡Finney —la voz del general se convirtió súbitamente en un trueno—, es

usted un fantoche! ¡Ha permitido que los agentes rusos jueguen con usted como el gato de mí abuela jugaba con los ovillos de lana!

Michael Finney tragó saliva.

Tengo actuando a Wallace Donovan —alegó a título de justificación.

—Sí, ya dijo eso antes. Bien, ¿qué ha hecho su famoso Donovan para detener el cataclismo que se nos viene encima?

—Opera en dos terrenos. Por un lado utiliza a una ex agente de la República Popular Alemana, Erika Heinke, que fue amiga de Lehmann en Viena antes de traicionar a los suyos y fugarse a este lado del telón de acero con un acordeonista francés del que se había enamorado. Erika es la única persona capaz de encontrar a Lehmann en París, porque es la única que sabe qué cara tiene.

Encontrar en pocos días, en pocas horas, entre tres millones y pico de parisienses, a un hombre que se oculta —comentó sarcásticamente el general—. ¿Cuál es el otro terreno?

—Convencer a la secretaria de Alphand de que le revele el paradero de Kurt Lehmann. Donovan se ha dado siempre con las mujeres muy buena maña.

—Hum —gruñó Quarry.

Sonó el teléfono.

Finney hizo un gesto de excusa y se apartó para atender la llamada. Luego de haber escuchado un instante miró al general mordiéndose los labios.

—Es de mí oficina —explicó con voz débil—. Wallace Donovan informa que Erika Heinke ha muerto asesinada…

Quarry fue a colocar al alcance de su mano el vaso de whisky.

—Bébaselo, lo necesita. He olvidado decirle que soy abstemio.

CAPÍTULO III

Un nueve y un tres eran las dos últimas cifras. Wall terminó de marcar el número y se apoyó perezosamente en la pared de la cabina telefónica. Había dejado entreabierta la puerta de vidrio translúcido y por la rendija veía a una mujer de estrecha falda negra y estrecha blusa verde haciéndole cucamonas en una mesa a un marinero de rasgos orientales. Más allá, a través de las vidrieras del café, se distinguía la animación nocturna de la calle de Cherche Midi.

—¿Ariane?

—Yo misma.

Wall suspiró. Llamaba al azar, seguro de que no encontraría a la muchacha en casa. Y la había encontrado.

—Tengo suerte. Soy Wall Donovan.

—¡Oh, Wall!

—¿Has cenado?

—Hace unos minutos.

—Bien, nos queda el tiempo justo de ir a donde quieras: un teatro, un cine, un music-hall, a bailar en alguna parte, no importa, con tal que te des prisa. Es decir, si no tienes ya otros planes.

La voz de la muchacha sonó insegura:

—En este momento no. Pero…

—¿Qué?

—Wall, es una pena. Dispongo solamente de una hora libre.

—¡No me dirás que trabajas de noche!

—Pues a veces sí.

—Está bien, con una hora me conformo. Daremos un paseo.

Una hora era muy poco tiempo, desesperadamente poco para lo que de Ariane Jourdan se había propuesto conseguir. No obstante, debía intentarlo.

Citó a la muchacha en la puerta de su casa, y apenas había detenido el «Alfa Romeo» cuando la vio salir, saludarle con la mano, volverse para echar la llave. Abrió la portezuela. Ariane se sentó a su lado con un breve revuelo de faldas y le sonrió.

—Lo siento, Wall. No es una excusa. Deseaba de veras que cumplieras tu promesa de llamarme para cumplir yo la mía de salir contigo, pero has

elegido mal la noche…

—Una hermosa noche, a pesar de todo —replicó él.

Demasiado hermosa para morir como había muerto Erika, en aquellas tinieblas que apestaban a vino, a estiércol, a heno y a algarrobas.

Condujo el coche lentamente hacia los jardines de Luxemburgo.

—Espero que por ello no te descorazones.

—¿Y otra noche te vuelva a llamar?

—Sí.

Ella seguía sonriendo. Wall sabía lo que había detrás de su sonrisa: lo había probado una vez. Hasta entonces el camino hacia Ariane había estado sembrado de rosas, fue un sendero recto y sin obstáculos; solo ocurría así cuando uno se aproximaba a una mujer sin que el motivo de la aproximación fuese la mujer por sí misma. Buscó el encuentro y ella se dejó abordar. A los pocos minutos sonreía. No era gazmoña, no disimulaba sus deseos ni esquivaba la aventura. El resto fue como siempre. Antes de dejarla a la puerta de su casa había él prometido llamarla para salir juntos una noche, y ella le había dado su número de teléfono sin titubear.

Una hora era muy poco tiempo.

Wall miró a la muchacha de reojo. El vestido blanco contrastaba con su tez morena y se amoldaba a sus formas exuberantes. Toda una mujer, por supuesto. Tenía la boca ávida y los ojos de un negro ardiente, una belleza explosiva que envolvía en un selvático e inquietante perfume. Sus rodillas asomaban por el borde de la falda entre ondas de encaje. El conjunto le hubiera satisfecho en otras circunstancias, pero ahora necesitaba algo más.

—Ariane.

—¿Qué?

—Te he llamado esta noche porque quería hablarte.

Ella se recostó en el asiento y se desperezó.

—¿De Kurt Lehmann?

Wall se mordió los labios, preguntándose si hasta entonces habría estado ciego. Esto ocurría con las mujeres: uno creía conocer el trasfondo de su sonrisa, solo para descubrir un día que no conocía sino la corteza. Llegaría a viejo, como todos los hombres llegaban, sin haber aprendido todavía la lección.

—¿Quién es Kurt Lehmann? —inquirió, fingiendo sorpresa.

—¡Oh, vamos, Wall! No soy tan cándida. Desde el momento en que me dirigiste la palabra supe lo que querías de mí. Has tardado bastante en decírmelo.

—No comprendo —dijo él, ceñudo.

—Sí comprendes. Eres un agente americano encargado de encontrar a Lehmann para persuadirle de que no hable el viernes por radio; te han elegido apuesto, hábil con las mujeres, simpático y varonil con objeto de

que yo me rindiera enseguida a tus encantos y te fuera fácil tirarme de la lengua. Mi jefe, el señor Alphand, es irreductible, pero lo que él no diga puedo decirlo yo.

Wall arrimó el coche a la acera y lo detuvo.

—¿Imaginabas eso desde el principio?

—Wall, querido, cuando tú apareciste llevaba dos días aguardando a que entrase en mi vida un americano seductor. Era lógico que tarde o temprano ocurriría.

—Supongamos que sea cierto.

Ariane rio.

—¿Y bien? Me esperaba un montón de halagos, atenciones, invitaciones y gentilezas de todas clases. Iba a divertirme. El pasado mes de marzo, cuando el señor Alphand preparaba su encuesta sobre los contratos de importación de cobre, el Gobierno destacó para sonsacarme a un joven diplomático bello como un dios que conducía un «Cadillac» especial, rojo y plateado, y tenía orden de no reparar en gastos. Fue la locura, Wall, palabra. ¡Qué días! No recuerdo nada parecido desde que el señor Alphand intervino en el escándalo de Pierre Tisserin y los estudios cinematográficos, y Tisserin destacó junto a mí a uno de sus galanes, que era alegre, pero tonto…

—Está bien —cortó Wall secamente—. Necesito encontrar a Kurt Lehmann, encontrarle esta misma noche. Agradezco que me hayas planteado la cuestión en un terreno realista.

Ella le miró con su sonrisa impasible.

—Adelante, entonces.

—¿Qué quieres decir?

—Empecemos. El diplomático se gastó conmigo cincuenta mil francos por noche. Lo que ni él ni el galán de Tisserin consiguieron, acaso puedas conseguirlo tú. Depende de tu método. Hoy dispones de menos de una hora, pero servirá para probar.

Él no respondió. Puso el coche en marcha, retrocedió hacia el bulevar Raspail y se dirigió hacia la plaza de la Concordia. Condujo en obstinado silencio. La muchacha, después de haberle observado atentamente, rio en un susurro, se acomodó en el asiento y encendió un cigarrillo cuando el «Alfa Romeo» embocaba la avenida de los Campos Elíseos. Fumaba y canturreaba, echada la cabeza atrás, entornados los párpados, mientras Wall rodeaba el arco de la Estrella para tomar la avenida de Víctor Hugo.

El coche se detuvo. Wall se inclinó por delante de Ariane y abrió la portezuela de su lado.

—Baja.

Ella se apeó y él la siguió.

—¿A dónde vamos?

—A mi casa.

—Muy bien.

Su actitud era de burlón desafío. Estaba tranquila, bien erguida para realzar la línea de su busto, balanceando descuidadamente el bolso. Caminando airosamente precedió a Wall al vestíbulo del señorial edificio de apartamentos. Luego, en el ascensor, permaneció frente a él, mirándole a los ojos, sonriendo con aplomo, tarareando quedamente la misma melodía que había canturreado en el coche.

Movió la cabeza con irónica aprobación cuando Wall la introdujo en el apartamento y encendió las luces del cuarto de estar.

—¿Quién ha decorado esto?

—Un amigo.

—Francés, naturalmente; ningún americano tendría tan buen gusto.

—Polaco.

—¡Oh! La alta bohemia internacional —levantó un jarro para leer la firma del ceramista, miró en torno e identificó por instinto la porción de biblioteca que ocultaba el tocadiscos. Abrió la tapa—. ¿Qué deseáis los americanos cuando vuestro dinero os lo ha proporcionado ya todo? ¿Una caverna donde refugiarse vestidos con una piel de oso? He leído que en Boston se ha fundado un club para pasar así los fines de semana…

—Ven acá —dijo Wall.

Estaba en pie junto al bar-frigorífico y terminaba de preparar dos «highballs». Ella seleccionó sin prisa un disco, lo colocó en el plato giratorio y conectó el aparato. La instalación de hi-fi semejó iluminar con música la habitación, difundiéndola desde los amplificadores invisibles empotrados en la pared.

—Esto no es escuchar una canción, es literalmente sumergirse en ella —Ariane se aproximó lentamente al bar mientras la voz de Catherine Sauvage impregnaba la atmósfera—. Le pone a una de punta los pelos. ¿Técnica polaca?

—Americana. Bebe.

Tomó el vaso que él le ofrecía y saludó levantándolo a la altura de los ojos.

—Tú eres de los que prefieren la intimidad, Wall; como el chileno que quería saber lo que Alphand diría sobre el suministro de abonos nitrogenados. Sólo que él no vivía así. Chile no son los Estados Unidos: hay más excrementos de gaviota que oro.

—El guano no es excremento de gaviota.

—Bueno, de un ave. A tu salud, Wall.

Bebió.

Wall se dirigió al tocadiscos, manipuló los mandos y elevó la intensidad de la música hasta hacerla molesta. Encendió un cigarrillo. Cuando regresó en busca de su vaso, que dejara en el bar, Ariane había vaciado el suyo hasta, el fondo.

—¡Eh, Wall! ¿Estás sordo? ¿Por qué este estrépito?

Él dijo:

—Es por si gritas. Dame tu vaso.

Ella le tendió el vaso, desconcertada. Le miró mientras apuraba el suyo y devolvía los dos al bar. Notó que sus ojos se habían convertido en espejos metálicos, inexpresivos, glaciales, y algo que adivinó en su actitud hizo que empezara a resquebrajarse su aplomo.

—¿Por si grito?

—Eso he dicho, nena. Aunque estas paredes están insonorizadas, un grito agudo podría trascender. Confío en que lo ahogue la música.

Catherine Sauvage aullaba en el tocadiscos: «Mon p'tit voyou… mon p'tit voyou…»

Ariane dio un paso atrás.

—¡Wall!

El extendió rápidamente la mano, la asió por una muñeca y la atrajo con suave firmeza hacia sí. No parecía contento ni enojado, pero era precisamente la pétrea frialdad de su rostro lo que despertó una sensación de horror en el pecho de la muchacha.

—¡Wall! —repitió, como llamándole, como si se hubiera marchado; y se había marchado en realidad, a algún lugar remoto en el fondo de sí mismo.

—Nena, te he dicho que necesito saber esta noche dónde se oculta Kurt Lehmann.

—Pero yo…

La mano libre de Wall disparó un cachete que hizo a la muchacha tambalearse.

—¿Dónde, nena?

Ariane gimió:

—Co… cobarde asqueroso…

—Tus diplomáticos y tus galanes de cine tenían sus métodos. Yo tengo el mío. Ni tu propia madre te reconocerá cuando acabe.

Ella fue a decir algo, pero un nuevo golpe le cerró la boca. Lanzó un quejido, trató frenéticamente de escapar. Wall la agarró por los cabellos, le torció la cabeza y volvió a abofetearla.

—Wall, ¿cómo puedes…?

—Puedo porque veo lo que tú no ves —dijo él entre dientes. Era verdad: estaba viendo flotar en el aire el horrendo despojo de Erika Heinke, viéndolo con los ojos de la imaginación, más nítido que las cosas reales—. Tu listísimo señor Alphand no sabe dónde se ha metido. Esta vez no hay en juego intereses políticos, ni finanzas internacionales, ni la reputación de productores cinematográficos, sino vidas humanas, y una se ha perdido ya. Ahora, ¿quieres que sigamos?

—¡Suéltame! —chilló la muchacha, pataleando.

Empezó a insultarle entre sollozos. Wall comprendió que había perdido por completo el tino y no podía atender a razones. La zarandeó violentamente, y luego, teniéndola agarrada por el cuello con un brazo, soportando sus histéricos puntapiés, se quitó de la boca el cigarrillo que hasta entonces había estado fumando. Apretó hasta inmovilizarla. Cuando la hubo dejado sin aliento le alzó la cabeza.

—Mira —colocó la brasa del cigarrillo ante sus ojos—. Nena, tú eres muy bonita, muy joven, un regalo para los sentidos. Sería lastimoso que tuviera que marcarte la cara a fuego. Las cicatrices no se borran.

Notó que el mórbido cuerpo se ponía tenso como un muelle. Un susurro:

—Wall, te odio.

—Tus sentimientos no me interesan. ¿Dónde se oculta Lehmann?

No respondió, pero su tensión se relajó de repente, obligándole a él a sostener todo su peso. Los sollozos se convirtieron en llanto fluido. Wall tuvo lástima de ella notándola vencida, dominada. Era lo bastante hermosa y estuvo suficientemente segura de sí misma como para no haber recibido de los hombres más que satisfacciones y halagos, súplicas y requiebros. Aquella situación debía de resultarle trágica en su novedad, humillante, y al propio tiempo reveladora: ventana a un mundo abyecto cuya existencia ignoró hasta entonces.

Aproximó el cigarrillo a su mejilla y se la rozó. Ariane lanzó un chillido.

—¿Dónde está Lehmann?

Nada.

Aquella vez el contacto de la brasa fue más largo. La piel siseó al quemarse. Y el grito de la muchacha contuvo una alucinante nota de horror.

—¡Te lo diré!

—¿Dónde?

—¡Suéltame! ¡Te lo diré, te lo diré, pero suéltame!

La soltó. Ariane cayó sentada sobre la alfombra, inclinó la cabeza y se puso a temblar, a llorar y a reír, todo al unísono. Wall la contempló un instante. Luego se dirigió al bar, vertió en el vaso de ella tres dedos de whisky puro, regresó para agacharse a su lado y la obligó a beberlo.

Esperó pacientemente a que se calmara.

—¿Y bien?

—Lehmann está en Montmartre —la voz de la muchacha sonaba oscura, sin matices, y Wall tuvo que inclinarse para percibir las palabras, apagadas por la música que difundían los amplificadores—. Un estudio, en el ático del número veinte de la calle de Saint Sylvain. Se hace llamar Ismael Morse.

Él se enderezó suspirando y fue a desconectar el tocadiscos. El silencio

se hizo como un choque.

—Gracias. Lamento haber tenido que portarme así.

Ella se levantaba ya del suelo. Quedó en pie, abatida, arrugado y desordenado el blanco vestido, un hombro desnudo, descalza, el cabello revuelto caído sobre la frente. En su mejilla, cerca del borde de la mandíbula, se veía la quemadura que el cigarrillo había dejado. Apartaba deliberadamente los ojos.

—Eres una maldita bestia, Wall —articuló.

—¡Ah, no sabes hasta qué punto! —dijo él. Se aproximó a la puerta del cuarto de baño, la abrió y encendió la luz—. Pero, descuida, lo sabrás si resulta falsa la dirección que me has dado… Ven, entra aquí. No puedes marcharte en ese estado y con la quemadura sin curar.

Ella avanzó cabizbaja, obstinada en no mirarle, arrastrando sobre la alfombra los pies descalzos. Pero perdió su pasividad en el momento en que pasaba frente a él. Se revolvió de improviso. Wall creyó que iba a acometerle, lo creyó durante la fracción de segundo que necesitó para percatarse asombrado de que no era así.

—¡Oh, Wall! —la oyó gemir, mientras sus brazos le rodeaban el cuello—. Nunca soñé que un hombre… ¡Oh, Wall, te adoro, te adoro!

Y se estremeció al contacto de su boca ardiente.

CAPÍTULO IV

En el ático había dos puertas: la del estudio y la de la azotea. La segunda, cuarteada y resquebrajada por la intemperie, tenía una cerradura herrumbrosa que bailaba medio suelta en sus tomillos. Wall asió la cerradura con ambas manos, dio un tirón brusco, se astilló la madera y la puerta se abrió.

Desde la azotea se distinguían, muy próximas, recortadas contra el cielo estrellado, las cúpulas bizantinas del Sacré Coeur. A la izquierda estaban las vidrieras del estudio, casi todas abiertas, porque la noche era calurosa. Las cortinas se hallaban descorridas, pero nada, se distinguía del interior en tinieblas.

Wall entró sin titubear e iluminó con su linterna las paredes hasta localizar junto a la puerta de la escalera el interruptor de la luz. Avanzó hacia allí con aplomo, sin esforzarse lo más mínimo por disimular su presencia. No le importaba despertar o alarmar a Lehmann, a quién, si se encontraba presente y dormido, debía despertar de todos modos.

Encendió la luz.

Kurt Lehmann yacía tendido al pie de un camastro, en el ángulo de aquella pieza increíblemente vacía y destartalada que alumbraba una solitaria bombilla pendiente del techo. Las moscas habían acudido en la oscuridad y se regodeaban en la pulpa sanguinolenta a que había quedado reducida su carne.

Wall no pudo resistirlo. No, dos en una misma noche. Adivinó cuál sería la puerta del cuarto de aseo, se precipitó por ella y se abandonó a las náuseas que le abrumaban. Luego se lavó y se refrescó. Estaba pálido, fumaba con mano insegura un cigarrillo y llevaba el cabello húmedo y salpicaduras de agua en la chaqueta cuando regresó a la habitación principal.

Lehmann había muerto hacía horas, probablemente por la tarde, cuando había luz diurna aún. Bastaba verle para comprender que le había despachado la misma mano que a Erika Heinke y con barbarie similar.

Bien, aquello zanjaba una parte del asunto: el programa de radio de Roger Alphand no se celebraría, estaba asegurado el silencio. Lo demás, las

consecuencias de la muerte de Lehmann, la campaña difamatoria que aterrorizaba a Michael Finney, esto sí se produciría, y en chaparrón. Pero no había manera de evitarlo.

¿Incógnitas? Wall se respondió a sí mismo encogiéndose de hombros. ¿Quién mató a Lehmann? ¿Quién mató a Erika, y por qué? La línea lógica sería que la mujer hubiera descubierto el escondrijo del antiguo agente, que alguien la torturó para obtener su confesión, que la mató para cerrar su boca y que mató a Lehmann acto seguido, una vez conocido su paradero. ¿Quién? Wall pensó en el veterano Serge Mohilev, carnicero de los servicios secretos soviéticos, que solía dejar tras sí un rastro de cadáveres materialmente triturados; pero a Mohilev se lo habían cargado los húngaros en la revuelta del cincuenta y seis, y nadie, que él supiera, ocupaba ahora su lugar. Los agentes profesionales de todos los países practicaban con sobria y rápida limpieza sus ejecuciones; mataban por deber, no por placer. Si alguien seguía el sádico ejemplo de Serge Mohilev habría modo de identificarle.

Cuando hubo consumido el cigarrillo y serenado sus nervios, Wall echó una mirada al estudio. Era imposible que Lehmann llevase residiendo allí mucho tiempo: no había nada, ni muebles, ni libros, ni papeles, ni objetos personales o de adorno; solamente el camastro y alguna ropa metida en una alacena. La ropa era de confección, barata y muy nueva. El cadáver estaba en mangas de camisa y la chaqueta de su traje no tenía en los bolsillos sino unos miles de francos y un pasaporte suizo a nombre de Ismael Morse, de profesión comerciante.



No era raro que su "carrera" fuera el cine.

Cierto, Lehmann no podía haber vivido en aquellas condiciones durante los cuatro años transcurridos desde su desaparición en Hamburgo. ¿Quizá vivió en. Suiza? El estudio sería entonces un refugio ocasional donde ocultarse en París hasta la emisión de radio de Alphand; un refugio sorprendentemente precario y miserable para un hombre que, como él, fue el espía más caro del mundo y se movió en la alta sociedad internacional como pez en el agua.

Esto era todo.

Wall rehízo su camino por la vidriera, la azotea y la puerta con la cerradura rota. Había dejado su coche en la esquina de la calle de Cortot. Ceñudo, ligeramente doblado sobre el volante, descendió de Montmartre hacia el bulevar de Clichy y atravesó oblicuamente la ciudad en dirección al palacio Chaillot y las alturas de Passy. Más allá, en la avenida de Paúl Doumer, vivía Roger Alphand, el hombre a quién necesitaba ver en aquel momento.

Minutos después llamaba a su puerta.

—Nena, ¿somos títeres en manos del azar? ¡Otra vez juntos!

Había abierto la puerta Ariane. Tenía en la mano un cuaderno de taquigrafía y un bolígrafo, había trocado su vestido blanco por un traje sastre de hilo azul oscuro, atenuado su maquillaje, peinado su cabello y cubierto con un pequeño y discreto apósito la quemadura de su mejilla.

La muchacha miró nerviosamente atrás. Preguntó en voz baja:

—¿Qué buscas aquí? Si el señor Alphand…

El aludido inquirió desde el interior:

—¿Quién es?

Wall entró. Dijo:

—Una visita de pésame.

El periodista le examinó entre colérico y sorprendido. Estaba hundido en una butaca y tenía al alcance de la mano, sobre una mesilla, dos libros, un montón de papeles, un estuche de cigarrillos y un servicio de coñac; en el suelo, un magnetofón. En una mesa próxima había una máquina de escribir.

Roger Alphand rondaba los sesenta años. Era pequeño y flaco, pero ventrudo, de físico desagradable, con cuatro pelos peinados de través sobre la calva y unas gafas de concha negra a caballo de la nariz. Sus diminutos ojos emitían destellos acerados. Su boca de labios estrechos y pálidos dibujaba una mueca de amargura y cinismo.

—Bueno, ¿quién es usted?

Wall captó a su espalda la respiración agitada de Ariane.

—Wallace Donovan. Trabajo para el Servicio de Información americano.

—Entiendo.

—¿Qué es lo que entiende?

Alphand adoptó un aire de irónica superioridad, sin rastro ya de cólera o de sorpresa. Tomó un cigarrillo del estuche y lo encendió con gestos estudiados. Habló expeliendo el humo:

—La razón de su visita: es el miedo; miedo a lo que Kurt Lehmann pueda decir el viernes. He recibido toda clase de presiones e incluso de amenazas en este sentido, por lo cual estoy viviendo una de las mejores semanas que recuerdo… Siéntese y exponga sus quejas, muchacho. El momento es bueno para un poco de diversión.

Wall se sentó. Vio que Ariane lo hacía ante la máquina de escribir, dándole a él la espalda, rígida, tensos los nervios.

Dijo tranquilamente:

—A Kurt Lehmann le han matado esta tarde.

Hubo un silencio de plomo.

Ariane profirió una exclamación ahogada, se volvió y escrutó su rostro cubriéndose la boca con una mano que temblaba. Wall, empero, dedicaba al periodista toda su atención. Notó que la columna vertical del humo de su cigarrillo se quebraba un instante, y luego nada más, nada en absoluto. Alphand permaneció impasible.

—Debí suponerlo. Dijo usted al entrar que venía en visita de pésame.

—¿Es eso lo único que se le ocurre?

—¿Qué quiere usted? No soy omnipotente. He hecho cuanto me ha sido posible para proteger a ese hombre, pero desde el principio concedí un amplio margen a la posibilidad de que todo fuera inútil. Ustedes me han ganado por la mano. Lo tendré en cuenta. ¿Desea que le diga algo más?

—¿Cuántas personas conocían el escondrijo de Lehmann?

—Hasta que entró usted aquí hubiera jurado que solamente mi secretaria y yo. Ahora no lo sé.

—¿Cuándo le vio por última vez?

—Anoche.

Wall se volvió a Ariane.

—¿Y usted?

—Esta mañana —respondió ella con voz débil. Sus ojos expresaron agradecimiento porque no la había tuteado, disimulando ante Alphand su relación—. Estaba perfectamente.

—¿Lehmann salía a la calle?

—Naturalmente que salía —dijo el periodista—. Nadie le conocía en París, o por lo menos eso afirmaba.

«Nadie excepto Erika Heinke», pensó Wall.

—Pero ustedes le han visitado en el estudio.

—Sí.

—Jugando con fuego, claro está. Cualquiera ha podido seguirles y

averiguar de ese modo su paradero. No parece una conducta muy prudente si tanto empeño tenía usted en mantenerle oculto.

—Tomábamos precauciones.

—Sí, precauciones de aficionado: sé lo que son.

—¿Quiere decir que es así, siguiéndome a mí o a mí secretaria, como ha dado usted con Lehmann? ¡Permítame dudarlo!

Wall se encogió de hombros sin responder.

—¿Qué pensaba él decir en su emisión?

—Lo ignoro.

—¡Vamos, Alphand! Se ha cometido un asesinato y el secreto ya no beneficia a nadie. A Lehmann le han matado por lo que sabía, por lo que iba a delatar. ¿Qué era? ¿A quién podía causar daño?

Alphand replicó burlonamente:

—¿Me lo pregunta usted, un agente del Servicio de Información americano, señor Donovan? ¿Y espera que yo responda mejor que usted mismo a su pregunta?

—¡Prescindamos de la propaganda que ha montado usted sobre este maldito asunto! —exclamó Wall con violencia—. Nosotros no hemos eliminado a Lehmann, y usted ha estado convencido siempre de que no le eliminaríamos. Intentaríamos persuadirle de que cerrase el pico, le sobornaríamos si teníamos ocasión, ¡pero no cometeríamos un asesinato del que el mundo entero nos iba a culpar! ¿Cree que matar a Lehmann valía para nosotras la pena? No, no lo cree; de lo contrario no hubiera cargado tanto las tintas sobre nuestros presuntos temores.

El periodista sacudió la ceniza de su cigarrillo.

—Puede que esté usted en lo cierto. Confieso que he cargado las tintas, como usted dice; suelo hacerlo para asegurarme el éxito del programa.

—¿Entonces? ¿Me dirá que le han matado los agentes soviéticos?

—Quizá.

—No parece muy convencido.

—No lo estoy. ¿Cómo puedo saber tal cosa? ¿Cómo puedo saber siquiera si no representa usted una farsa para encubrir la verdad? ¿Cómo sé que no viene de asesinar usted mismo a Lehmann? ¿Cómo sé que realmente ha muerto?

—Vaya al número veinte de la calle de Saint Sylvain, un estudio en el ático, y compruébelo con sus propios ojos. Lehmann se hacía llamar Ismael Morse. Tenía a este nombre pasaporte suizo, ignoro si legítimo o falso.

Alphand se humedeció los delgados labios con la lengua.

—Que yo sepa, los agentes soviéticos no disponían de mayor motivo que ustedes para matarle. Es cuanto puedo decir.

—Nosotros no hemos sido; es cuanto puedo decir yo.

El periodista emitió una risa ahogada. Se inclinó para aplastar el

cigarrillo en un cenicero que extrajo de debajo de los papeles de la mesilla, y de pronto, al enderezarse, sus ojos se posaron en Wall con nueva luz.

—Se me ocurre una idea, señor Donovan. Voy a proponerle un trato.

El americano asintió sombríamente:

—Esperaba algo parecido.

—Déjeme concluir. Como comprenderá, me tiene absolutamente sin cuidado que Kurt Lehmann o cincuenta Kurt Lehmann estén vivos o estén muertos. Lo único que a mí me interesa es mi programa de radio, y el único perjuicio que la muerte de Lehmann me causa reside en que el viernes se nos echa encima y mi programa se ha ido a las nubes. Pues bien, mi idea consiste en que usted investigue ese engorroso asesinato y venga el viernes a mí programa para contarle al público el resultado de su investigación. Si me promete hacerlo le daré una base para sus pesquisas.

—Está loco —replicó ásperamente Wall—. ¿Yo en la radio?

—Usted.

—Imposible. Si no por otra razón, porque el motivo y las circunstancias de la muerte de Lehmann pueden ser de la exclusiva incumbencia de mí Gobierno y no aptos para ser debatidos en público.

Alphand movió negativamente la cabeza.

—Sospecho que sí son aptos. Pero no importa, señor Donovan; no se preocupe. Facilitaré los informes a la policía. Ellos no negarán la colaboración a mí programa.

—Conque esas tenemos, ¿eh?

—Hay que vivir.

Wall fijó la mirada en sus pequeños y astutos ojos.

—Muy bien, usted gana. El viernes estaré a su disposición, aunque sea solo para decir «Buenas noches» a los radioescuchas. No cuente con que diga una palabra más si considero que el resto debe guardarse secreto.

—Me arriesgaré.

—Adelante.

—Mi primer contacto con Kurt Lehmann fue hace un mes —dijo el periodista, reflexionando mientras hablaba—. Me llamó por teléfono, concertamos una entrevista y en ella me expuso quién era y lo que deseaba: medio millón de francos por intervenir en mi programa y ventilar las intimidades de su antigua vida de aventuras. Pedí dos días para meditar la respuesta, porque quería asegurarme de que no se trataba de un engaño, de que él era un personaje tan importante como aseguraba ser, y porque medio millón, amigo, es medio millón; pedí también alguna garantía de que no se proponía contar cuatro papanatadas y salir del paso, y la obtuve. Dos días: después le dije que sí. Nos pusimos entonces de acuerdo sobre la fecha de la emisión, y él se despidió asegurándome que volvería a París a tiempo y que oportunamente me comunicaría sus señas. Lo hizo así una semana atrás. Se había instalado en un estudio de Montmartre y quería a

toda costa que le guardara el incógnito, porque, afirmó, peligraba su vida. Yo creía hasta ahora haber satisfecho sus deseos.

—¿Lehmann no residía habitualmente en París?

—Puede que me engañase, pero dijo que no.

—¿Dónde dijo que vivía? ¿A qué se dedicaba?

—Eso no lo sé.

—Tenía un pasaporte suizo a nombre de Ismael Morse, comerciante.

—Para nada mencionó Suiza. ¿Y qué importa al fin y al cabo, señor Donovan? Es natural que desde su desaparición haya vivido con un nombre y una personalidad falsos. ¡O auténticos! ¿Qué se sabe del hombre que se hacía llamar Kurt Lehmann? ¡Nada! No tiene rostro, ni nacionalidad, ni profesión. El espía Kurt Lehmann pudo ser un comerciante suizo, pudo ser usted, pude ser yo, pudo ser el vecino de abajo; pudo ser cualquiera, con tal que llevase una doble vida.

—Es cierto —asintió Wall—. Pero no veo cómo va a ayudarme eso a aclarar su asesinato.

—Aguarde. Lehmann, aparentemente, intervenía en mi programa por dinero. No obstante, me dio la impresión de que, en el fondo, además del dinero, le interesaba llevar a efecto una especie de venganza personal; y hubo algo que me confirmó esa impresión.

—¿Qué fue?

Alphand sonreía.

—Le he dicho que pedí garantías de que hablaría de temas importantes. Me preguntó si me bastaba con saber que, entre otras cosas, sus declaraciones hundirían en el fango a Issy Dumas —el periodista pronunció los nombres lentamente—. Hilaire Cohen y Roland Piassava. Me bastaba, por supuesto.

Wall le miró con asombro.

—¿Lehmann dijo tal cosa?

—Sí.

—Déjeme recapacitar. ¿Roland Piassava es el famoso modisto?

—Exacto.

—¿E Issy Dumas la estrella de cine?

—Sí, antigua modelo de Piassava, por añadidura.

—¿Quién es Hilaire Cohen?

—Si jugara usted a la Bolsa lo sabría: presidente de cinco Consejos de Administración, miembro de ocho o diez más, multimillonario. La casa de modas de Piassava se cuenta entre sus inversiones —Alphand rio con burlona satisfacción—. Observo que esos nombres no le dicen a usted nada.

—Nada.

—Tampoco a mí cuando Lehmann los pronunció. Pero me tomé la molestia de averiguar que en el año cincuenta y cuatro, en el momento

preciso en que Lehmann dejó de dar señales de vida, la Dumas, Piassava y Cohen se encontraban, como él, en Hamburgo. Estaban a bordo del yate de un financiero alemán: Alfred Troppau. Quizá recuerde usted que, en Hamburgo, siendo ellos sus invitados, el verano del cincuenta y cuatro, Alfred Troppau se suicidó.

Hubo un silencio.

—No veo claro —dijo Wall.

—Pues restriéguese los ojos —replicó el periodista—, porque nada puedo hacer por ayudarle. Ahora, señor Donovan, ¿me permitirá usted que continúe trabajando? Mi artículo para *La Poste Parisienne* debe estar listo esta noche, y no lo he comenzado aún.

Wall se levantó titubeando. Diez o doce preguntas se atropellaban en su mente, pero desistió de formularlas porque todas ellas carecían de sentido.

Vio que Ariane, dándole la espalda, le precedía hasta la puerta.

—Hasta otra, Alphand.

Alphand saludó con la mano sin mirarle, inclinado sobre sus papeles.

Hasta el viernes. Deje sus señas a mí secretaria.

Le llamaré antes.

Ariane tenía abierta la puerta de la escalera y no había encendido las luces del vestíbulo. Sus ardientes ojos brillaban en la penumbra.

Wall la asió del brazo y la sacó al rellano. Ella se asió a las solapas de su chaqueta y alzó el rostro, entreabiertos los labios, como esperando un beso.

Pero él no la besó.

Dos personas conocían el escondrijo de Lehmann esta tarde: tu jefe y tú —dijo quedamente—. Sin embargo, a Lehmann le han matado. Si me entero de que has revelado su paradero a otro antes que a mí, sabrás de veras quién soy yo.

—Wall, te juro…

—Sí, los diplomáticos, los galanes de cine; conozco la historia. Pero sonsacarte no me ha sido tan difícil como asegurabas, y el hecho es que Lehmann ha muerto asesinado. Lehmann y alguien más.

—¡Ariane! —llamó Alphand, desde dentro.

—Wall —articuló ella en un murmullo suplicante.

CAPÍTULO V

Wall llamó al Deuxième Bureau y pidió por el comisario Thiess, seguro de que, pese a la hora tardía, le encontraría en su despacho. Le encontró.

—Me gustaría saber algunas cosas —dijo—, que usted, sin, duda, tendrá ya entre los informes relativos a Erika Heinke.

Tengo pocas cosas —replicó el comisario—; tan pocas como suele usted tener cuando soy yo quien desea saberlas.

Wall no se inmutó.

—La primera es por qué Erika se ocultaba en esa granja.

La respuesta le dejó atónito:

—Porque los Simonetti eran sus suegros.

—¿Sus qué?

—¡Suegros, suegros! ¿Está sordo? ¡Oh, se trata de una romántica historia! El hijo de los granjeros, Etienne Simonetti, que era suboficial de Artillería en las fuerzas francesas de ocupación durante los años de la postguerra, se casó en Alemania con la cándida jovencita que era entonces Erika Heinke. Poco después se vio envuelto en un sucio negocio de espionaje, fue sometido a Consejo de guerra, le perdieron sus simpatías por los rusos y terminó condenado a muerte y fusilado. Por este motivo, Erika, despechada, se marchó al Este e inició su carrera como agente de la República Popular, hasta que se cansó.

—Entiendo. ¿Cuándo fue a la granja?

—Anteayer se presentó y pidió a los Simonetti, que no la habían visto más que dos veces en diez años, que la ocultasen y no dijeran a nadie que estaba allí. Dio a entender que corría peligro, y los granjeros, de quienes, por cierto, heredó Etienne las ideas y simpatías políticas, le improvisaron una habitación en el sótano y cerraron el pico.

—¿Y han permitido que la mataran ante sus narices?

—Estaban ausentes. Erika ha muerto a última hora de esta tarde, mientras ellos se encontraban en Saint Charles, y al regresar han pensado que ella se había ausentado también. Parece que había insinuado algo sobre su posible marcha. No les ha sorprendido que no respondiera a sus voces.

—¿No se han molestado en llegar hasta la habitación?

—No. Dice el viejo que la ha llamado desde la escalera, y que de

haber estado allí, incluso dormida, hubiera tenido que oírle.

—¿Merecen crédito?

—Donovan —replicó cansadamente el comisario—, ¿va a decirme que son ellos quienes la han matado? Ha sido usted; indirectamente, pero usted. No tenía por qué meter a la pobre mujer en ese asqueroso fandango de Lehmann. Sabía que, en su actual situación, Erika se hubiera comprometido por dinero a cualquier cosa, aunque fuera a colocar la cabeza bajo el filo de la guillotina.

—¡Acúseme encima! ¿Cree que no estoy pensando en ello toda la noche?

—Así lo sueñe un mes entero.

Wall se restregó la frente con el dorso de la mano.

—Thiess, ¿qué precio tienen sus noticias?

—¿Por qué pregunta esa tontería?

—Porque quiero pagárselas generosamente. Envíe a sus hombres a Montmartre, al número veinte de la calle de Saint Sylvain. Hay un estudio en el ático de la casa. Encontrará en él a un comerciante suizo llamado Ismael Morse… ¿Se ha fijado en las señas? Veinte, calle de Saint Sylvain. Morse no es otro que Kurt Lehmann, y ha muerto asesinado.

—¡Donovan! —exclamó el comisario.

Wall cortó la comunicación.

Había llamado desde un bar, a media manzana de distancia del domicilio de Roger Alphand. Tenía su coche casi en la puerta. Montó en él, continuó por la avenida de Paúl Doumer y tomó el camino de la Muette para atravesar el jardín de Ranelagh. En el suntuoso distrito de más allá, en un *building* de vidrio y aluminio alzado el año cincuenta en la frontera del bosque de Boulogne, ocupaba un apartamento Michael Finney, jefe del Servicio de Información del Mando Central norteamericano en Europa.

Finney abrió personalmente la puerta y dio un leve respingo al reconocer a su visitante. Por encima de su hombro distinguió Wall una atmósfera humosa, perfumada a buen tabaco; un detalle de intimidad varonil, pero indicador de que el sistema renovador de aire no funcionaba como era debido.

—¿Usted aquí, Donovan?

—Necesito hablarle.

Finney lanzó hacia el interior del apartamento una mirada de preocupación.

—Pase —bajó la voz—. Pero le advierto que tengo un huésped: el general Quarry. Ha venido expresamente por lo de Lehmann.

—¿Desde Washington?

—Sí.

—Lehmann ha muerto.

—Santo Dios —murmuró Finney.

Escoltó a Wall hasta el amplio cuarto de estar, donde el general aguardaba en pie, las manos en los bolsillos, el entrecejo fruncido sobre sus duros ojos, la sonrisa menos irónica y más cansada que de costumbre.

—¡Hombre! El gran Donovan, si no me equivoco —dijo en tono protector.

Wall le estrechó la mano en silencio. Finney anunció:

—Lehmann ha muerto.

El general dio un paso atrás.

—¡Atiza! Los muy… ¡Oh, infiernos! ¿Por qué no tendré yo en Europa hombres como los que tiene Elia Rakitin? Se ha lucido usted, ¿eh, Donovan?

El agente alzó los hombros sin inmutarse. Elia Rakitin era el jefe de la red secreta soviética en Europa Occidental, rival directo del general Quarry y, en el fondo, objeto de la callada admiración de este. Quince años antes, durante la guerra, Quarry y Rakitin habían colaborado estrechamente e incluso luchado codo a codo contra un enemigo común. Las circunstancias hacían que ahora militasen en campos contrarios.

—Kurt Lehmann vivía en Montmartre con el nombre de Ismael Morse, comerciante suizo —explicó—. Le han matado esta tarde, asesinado brutalmente, ensañándose en su cadáver de una manera monstruosa. Lo mismo ha ocurrida con Erika Heinke, quien debió de morir poco, antes que él. He venido —Wall miró a Finney—, para saber cuál de los superhombres de Rakitin —recalcó irónicamente la palabra «superhombres» en obsequio del general—, es aficionado a esta clase de carnicerías. Yo lo ignoro.

El general exclamó:

—¡Serge Mohilev!

—He pensado en Mohilev, pero fue linchado en Budapest por los húngaros. ¿Qué dice usted, Finney?

—No hay ningún antecedente —respondió el aludido, pellizcándose el labio—. Puede que tengamos que vérnoslas con superhombres nuevos.

—Finney, no admito bromas —atajó secamente Quarry—. Es un hecho que ha sido usted batido en toda la línea. Los rusos han conseguido silenciar a Lehmann y echarnos a nosotros la culpa; exactamente lo peor que, según nuestros cálculos, podía ocurrir. Me gustará ver cómo salimos del paso.

—¿Quién fue Alfred Troppau? —preguntó suavemente Wall.

Las miradas de los dos hombres se posaron en él con perplejidad. Hubo un instante de silencio.

—El nombre me suena —murmuró Finney.

—Dice Roger Alphand que, en el verano del cincuenta y cuatro, cuando Lehmann desapareció, un financiero alemán llamado Alfred Troppau se suicidó en Hamburgo, a bordo de su yate, donde tenía como huéspedes a Issy Dumas, la artista de cine, a Roland Piassava, el modisto, y

a un millonario, Hilaire Cohen. Según Alphand, las revelaciones de Lehmann el viernes causarían daño a esas personas.

—¿Qué insinúa usted? —inquirió el general.

—Nada. Me he limitado a preguntar quién fue Troppau.

Finney, sin decir una palabra, consultó su reloj, se dirigió al teléfono, descolgó el receptor y marcó un número. Habló por el aparato:

—Siento molestarte a esta hora, Harry, pero hay trabajo. Nos reuniremos dentro de quince minutos en la oficina —colgó y se dirigió a Quarry—: Puedo dejarle en su hotel si lo desea, general.

—¿Va a salir?

Finney preparó dos vasos de whisky.

—Si —tendió uno de los vasos a Wall—. Llámeme o vuelva por aquí dentro de un par de horas, Donovan; llámeme mejor, a la oficina si no estoy. ¿Qué hará usted?

—Visitaré a esa gente.

—Okey.

Ambos bebieron. El general, que les contemplaba cejijunto, dijo:

—Prefiero acompañarle a su oficina, Finney. Para echarme a dormir en una habitación de hotel no necesitaba moverme de Washington.

—Como guste —Finney dejó su vaso vacío sobre el bar—. ¿Vamos?

Apagó las luces mientras Quarry y Wall se encaminaban hacia la puerta.

CAPÍTULO VI

El individuo con facha de gorila descargó en la mandíbula del pelirrojo un puñetazo que parecía real. El pelirrojo cayó sentado. Inmediatamente, empero, el joven oficial de paracaidistas se arrojó sobre el gorila, le aplicó diestramente una llave de catch y le volteó. Cuando le hubo quitado de en medio se arrodilló junto a la muchacha ligera de ropa que yacía en tierra tendida de costado.

—Corten —dijo una voz—. Está bien por hoy, chicos… Marie, nena, anota para mañana a las nueve el plano noventa y dos.

Wall prescindió de todos, excepto de la muchacha. La vio levantarse del suelo con movimientos felinos, sacudirse el polvo de la poca ropa que llevaba puesta y echar a andar en su dirección. Era una rubita de ojos gris-verde, pequeña y bien formada, nerviosa en su languidez; una muñeca para niños mayores de dieciocho años. En su época de maniquí la había utilizado Piassava para exhibir modelos juveniles. Ahora, en el cine, se exhibía a sí misma.

—¿Cómo se titula esa obra de arte? —preguntó Wall señalando el plató, donde en aquel momento eran apagados los focos.

—«Flor del desierto» —dijo ella—. Deme un cigarrillo, por favor; y venga, hablaremos mientras me cambio.

Él le dio el cigarrillo, se lo encendió y la siguió hacia el fondo del estudio. Medio centenar de sujetos ataviados con chilabas y albornoces formaban cola ante una mesa donde un joven con gafas iba entregando a cada uno unos billetes. A la derecha, unos focos iluminaban un bar. Dos hombres sentados en sendos escabeles miraban aproximarse a una muchacha vestida de azul. Había actividad por todas partes.

—¿Siempre trabajan ustedes a esta hora?

—A todas horas. Por aquí.

Una mujer de mediana edad, ataviada con una bata blanca, aguardaba a la puerta del camerino. Abrió la puerta al verles y se apartó para cederles el paso.

—Terminamos temprano, señorita —dijo.

—Sí. Nanette, ¿tenemos algo de beber?

—Creo que queda un poco de coñac. Pero puedo ir a…

—Deja. Quizá al señor Donovan le guste el coñac.

—No se preocupe —dijo Wall. Estudiaba a la joven con sorpresa. No había esperado aquella naturalidad de sus maneras, aquella falta de afectación. Tenía una idea muy distinta de lo que era una estrella de cine —. Es usted demasiado amable.

Había abordado a Issy Dumas en el momento en que se disponía a actuar en el plató. Ella le preguntó quién era y qué quería, y él dijo que se llamaba Donovan que era un investigador americano y que deseaba su ayuda en relación con las pesquisas que efectuaba. Ella le dijo entonces que esperase, sin preguntar de qué trataban las pesquisas. Él había esperado y visto repetí seis veces la misma escena: el puñetazo del gorila pelirrojo, la intervención del paracaidista, la voz del rector que ordenaba: «Corten». La escena no le había interesado, pero Issy Dumas sí.

—¿Cómo se le ha ocurrido venir al estudio?

La joven abrió un ropero y descolgó un albornoz. Nanette buscaba el coñac y las copas. Wall cerró la puerta del camerino a su espalda.

—He llamado a su casa y me han dicho que la encontraría aquí. No suelo dejar para mañana lo que puedo hacer hoy.

—Nanette, atiéndele.

Issy Dumas desapareció con el albornoz por una puerta de cristal translúcido que evidentemente conducía al baño. Comenzó a oírse funcionar una ducha. Nanette sirvió el coñac en silencio. Luego tomó las prendas de ropa que formaban ante el tocador un montoncito azul celeste y se colocó junto a la puerta por dónde la joven había desaparecido.

Wall degustó él coñac a pequeños sorbos.

El rumor de la ducha cesó y la silueta de Issy se dibujó en el cristal. Su mano asomó por la puerta entreabierta. Nanette le entregó la ropa, fue al ropero, tomó un vestido estampado y se lo entregó también. La muchacha reapareció terminando de abrocharse, suspiró profundamente y dedicó a Wall una sonrisa.

—Estoy a su disposición. Nanette, mi medicina contra el cansancio.

Nanette sirvió otra copa de coñac.

Wall se arrellanó en la butaca que ocupaba y por un momento deseó no estar allí por obligación. Issy, tomando la copa, se instalaba en otra butaca frente a él y cruzaba las piernas. Había algo extraordinario en ella, algo que no se podía definir, pero cuyos efectos se notaban perfectamente: atraía como un imán, hacía que uno experimentase al mirarla un cosquilleo interno de placer; le obligaba a uno a seguir instintivamente sus movimientos, a sonreír si ella sonreía. No era raro que su carrera fuera el cine y que triunfara en la pantalla aunque ni un solo crítico en el mundo se atreviese a calificarla de actriz.

Wall dijo:

—Querría hablarle de algo que ocurrió tiempo atrás… En Hamburgo, el verano del cincuenta y cuatro.

La mano con que Issy se llevaba la copa a los labios se inmovilizó unos segundos. Luego siguió adelante. La muchacha bebió. Sus ojos verdes lanzaron un destello.

—Nanette.

—Sí, señorita.

—No te necesitaré, puedes marcharte a casa; aprovecha hoy que es temprano. ¿Ha venido usted en coche, señor Donovan?

—Sí.

—Llévate el coche. El señor Donovan me acompañará como castigo por entretenerme.

La mujer asintió. Se quitó la bata, la colgó en el ropero, tomó un bolso y un chal y se despidió con una sonrisa.

Issy balanceaba una pierna.

—¿Dice usted el verano del cincuenta y cuatro, señor Donovan?

—En efecto. Me gustaría oír de boca de usted lo que pasó aquel verano a bordo del yate de Alfred Troppau.

—¿Un capricho?

—Supongamos que sea un capricho.

—Tiene que serlo, señor Donovan. Conté la triste historia doscientas veces a otros tantos periodistas… Entonces yo no era todavía famosa, si es que ahora lo soy, y no podía quitarme a los periodistas de encima con un ademán…

—No me interesa lo que contó a los periodistas.

Issy sonrió candorosamente.

—No le entiendo.

—¿Ha oído hablar de Kurt Lehmann?

—No.

—Aguarde, no se precipite a negarlo. Sí habrá oído hablar, en cambio, de Roger Alphand, ¿no es cierto?

—¡Oh, Kurt Lehmann! —exclamó ella—. Ya sé… Alphand es ese basurero profesional que hizo perder a Pierre Tisserin diez millones de francos cuando el escándalo de los estudios. Va a presentar en su programa de radio a un célebre espía llamado Kurt Lehmann. ¿Me equivoco?

—En una cosa: Alphand no presentará a Lehmann porque este ha muerto asesinado esta tarde.

La muchacha miraba a Wall fijamente. Estaba desconcertada y, en apariencia, tranquila, aunque en guardia.

—Todavía le entiendo menos, señor Donovan. Eso no tiene relación conmigo. Tampoco, que yo sepa, con aquellas vacaciones en el yate de Herr Troppau, que tan mal terminaron.

—¿No? A Lehmann le han matado para que no hablase —dijo lentamente Wall—. Uno de los asuntos que pensaba ventilar, probablemente el más importante; un asunto que ventilaba por una especie

de impulso vengativo, era el del suicidio de Troppau. Lehmann anunció a Alphand que sus declaraciones causarían gran daño a usted, a Piassava y a Hilaire Cohen…

—¡Es ridículo! ¡Es absurdo! ¡Nunca he conocido a nadie llamado Lehmann! ¿Qué impulso vengativo podía sentir hacia mí?

—Usted ha conocido a Lehmann.

—¿Pretende saberlo mejor que yo?

—No digo que le haya conocido con ese nombre. Lehmann era, ciertamente, un espía, y durante mucho tiempo se enriqueció vendiendo información a quién mejor se la pagase. Pero al margen de esta actividad llevaba una vida normal, tenía una personalidad que no infundía sospechas. Pudo ser uno cualquiera de los millones de hombres que habitan en Europa, pues ni siquiera se sabe cuál era su verdadera nacionalidad; pudo ser, por ejemplo —Wall se inclinó hacia adelante para ver mejor el rostro de la muchacha—, un comerciante suizo llamado Ismael Morse.

Issy reflexionaba. La mención de Morse la dejó indiferente.

—Me da usted miedo, señor Donovan.

—¿Por qué?

—Dice que ese hombre se proponía causarme daño, que deseaba vengarse de mí. Esto significa que yo le causé daño a él anteriormente, y no sé, no tengo idea de habérselo causado nunca a nadie.

—¿Ni a Troppau?

La joven entornó los párpados.

—¿Qué quiere usted decir?

—¿Qué pasó en el yate de Troppau, señorita Dumas? Cuénteme. Imagine, como así es, que yo lo ignoro todo, que no estaba entonces en Europa ni leía periódicos que hablasen de lo que ocurre en Europa. ¿Qué pasó? ¿Y qué creyeron los periódicos y la policía que había pasado?

—¿Sugiere que fueron cosas distintas?

—No lo sugiero, lo afirmo. No se dijo la verdad; de lo contrario no habría muerto asesinado Lehmann.

—Lo siento, señor Donovan —Issy movió negativamente la cabeza, dejó su copa de coñac vacía en la bandeja donde estaban las restantes y se levantó de la butaca. Tomó asiento ante el tocador y miró a Wall a través del espejo—. Si fue como usted opina, a mí también me engañaron. Me siento tan sorprendida como sí, de pronto, me hubiera usted trasladado a la luna.

—Está bien, cuénteme su versión. Pero considere que yo no conozco a Piassava, ni a Cohen, que no conocí a Troppau, que nada sé de ustedes ni de su viaje en el yate. Empiece por el principio.

La joven destapó un tarro de crema y comenzó a aplicársela.

—Yo tenía entonces diecinueve años —dijo—. Trabajaba como

modelo de Piassava y el señor Cohen, que había invertido dinero en el negocio, se interesaba por mí como todos los hombres que invierten dinero en negocios de modas acostumbran a interesarse por las modelos. Alfred Troppau era amigo de Cohen, socio suyo en algunas empresas. Entre ambos habían proyectado establecer en Alemania unas filiales de la casa de Piassava y le invitaron a pasar una semana con ellos para tratar del asunto y estudiar el terreno. Por deseo de Cohen fui invitada yo también. Fuimos a Honfleur, donde Troppau se reunió con nosotros y nos llevó en su yate hasta Hamburgo.

Issy hablaba con fluidez y sin interrumpir sus operaciones de maquillaje, como si relatase la historia de memoria. De vez en cuando lanzaba a Wall una mirada a través del espejo, de vez en cuando le sonreía. Él pensó que estaba viendo acicalarse una gatita persa; igual, los mismos ojos, la misma precisión de movimientos, la misma languidez sensual en la actitud.

Ella describió a Roland Piassava como un hombre taimado, astuto, falso y adulador, hábil explotador de su propio talento; a Cohen como un judío sin escrúpulos y ansioso de placeres; a Troppau como un aventurero de las finanzas que en pocos años había alzado sobre la nada una fortuna. Dijo que este último se había mostrado desde que zarparon de Honfleur preocupado, nervioso y de mal talante y que bebía excesivamente, aunque ella, que acababa de conocerle, pensó que tal era su habitual estado de ánimo. El viaje no resultó agradable. Dos días después de haber atracado en Hamburgo, Troppau, Piassava y Cohen se marcharon juntos para tratar del negocio que estaban discutiendo, dejándola a ella sola a bordo con la tripulación. Cuando se acostó, muy entrada la noche, no habían regresado. Un disparo la despertó al amanecer, seguido de gritos y viva conmoción en el buque. Troppau se había pegado un tiro en su camarote. Piassava y Cohen declararon más tarde que habían vuelto de madrugada y que Troppau estaba borracho perdido, dato que confirmó el marinero de guardia; que el alemán se había mostrado durante el día más deprimido que de costumbre, y que por su conducta y su modo de hablar ambos habían afianzado la sospecha, que ya abrigaban desde Honfleur, de que sus negocios no marchaban bien. Efectivamente, se comprobó que Troppau estaba casi arruinado. Issy guardaba de todo ello un mal recuerdo.

—¿Quién más se hallaba a bordo? —preguntó Wall cuando ella hubo terminado su relato.

—Pues los camareros y tripulantes.

—No me refiero a ellos. Estoy pensando en Kurt Lehmann.

—Bien, si ese hombre no era un camarero o un marinero, no había nadie más —Issy se dio un último toque de rojo en los labios y giró en el asiento para quedar frente a Wall—. ¿Por qué insiste en algo que no tiene sentido, señor Donovan? ¿No se le ocurre que Roger Alphand puede

haberle engañado?

—¿Con qué propósito? ¿Y por qué mencionando precisamente un suceso tan lejano como el suicidio de Alfred Troppau?

—¿Propósito? Simplemente, para desprestigiar a algunas personas más o menos ricas y más o menos conocidas; vive de ello. En cuanto al suceso, habrá elegido uno al azar.

Wall no lo dijo, pero sabía que el suceso no estaba elegido al azar. En Hamburgo, aquel verano, Kurt Lehmann había desaparecido de la circulación. Tenía forzosamente que existir una relación entre este hecho y el suicidio de Troppau.

—¿Alfred Troppau no tenía consigo un secretario, un colaborador, un hombre de confianza? ¿Intervino alguien en las negociaciones que sostenía con Cohen y Piassava?

—No tenía a nadie; y si intervino alguien, no lo sé. Yo me ocupaba de tomar el sol, nadar, leer novelas, escuchar música y beber cócteles, no de negocios. Si usted…

Llamaron a la puerta del camerino.

—¿Estás ahí todavía, Issy? —preguntó una voz de hombre—. ¿Puedo entrar?

La puerta se abrió antes de que la muchacha hubiera contestado. Wall reconoció la cabeza que asomó como perteneciente al individuo que decía: «Corten» y ocupaba la silla de director durante el rodaje.

—Tengo trabajo, Rene —dijo Issy, indiferente—. El señor Donovan, un amigo americano, me acompañará a casa.

La mirada de René al «amigo americano» no fue amistosa.

—¿Ah, sí?

—No —Wall se puso bruscamente en pie—. Le cedo ese placer, si lo desea. Yo he perdido ya bastante tiempo escuchando cuentos de hadas.

Issy le miró sorprendida.

—René, sal un momento —ordenó con suavidad. El director titubeó y se retiró dando un portazo—. ¿Cuentos de hadas, señor Donovan? ¿Qué cuentos de hadas?

—Es evidente que de usted no obtendré la verdad —replicó él, ceñudo —, ni tampoco de Piassava o Cohen. Mienten para protegerse, han mentido desde el primer instante. Si han matado a dos personas para que la verdad sobre el suicidio de Troppau no salga a la luz, ¿por qué va uno de ustedes a contármela por las buenas? No soy tan cándido como para haber esperado eso cuando vine aquí; solo quería confirmar mi impresión, y usted me la ha confirmado plenamente. Muchas gracias por ello y por sus exquisitas amabilidades, señorita Dumas.

Ella rio en un susurro, absolutamente tranquila.

—Mis amigos me llaman Issy. Bien, no se sulfure tan pronto, por favor. Veamos. Si el suicidio de Herr Troppau no fue lo que parece, ¿qué

fue?

—Un asesinato, por ejemplo.

—¡Cáscaras! ¿Y lo cometimos Cohen, Piassava y yo?

—¿Por qué no? O ellos dos, y usted fue su encubridora.

La joven continuaba riendo.

—Leo los periódicos, señor Donovan.

—¿Y qué?

—Todos cuantos leemos periódicos sabemos que Alphand se iba a meter con los Estados Unidos en su próximo programa y que ese Lehmann revelaría sobre el espionaje americano cosas escandalosas. No busque usted una cabeza de turco para salvar las apariencias, si es esa la misión que le han encomendado; pregunte al Servicio Secreto de su país y sabrá quién mató a Lehmann enseguida.

—Lo sé ya. Sé también quién mató a Troppau, aunque desconozca el motivo y el medio de que Lehmann se valió para averiguarlo. Buenas noches.

Inmóvil en su asiento del tocador, como una gatita en reposo, Issy dejó a Wall llegar hasta la puerta. Entonces dijo:

—Es una pena que se marche así. ¿No quería usted saber algo que yo no hubiera contado a los periodistas ni a la policía?

Él se detuvo.

—¿Hay algo?

—Solamente una cosa subjetiva, una impresión personal…

—¿Y bien?

—Nunca he podido olvidar que durante aquel desagradable viaje desde Honfleur hasta Hamburgo tuve la sensación de que Roland y el señor Cohen estaban de acuerdo contra Herr Troppau, conspiraban, tramaban alguna jugada contra él. Hubo algo evidente: Herr Troppau bebía como una esponja, pero no hubiera bebido ni la mitad si ellos no le hubiesen constantemente instigado. Por alguna razón les interesaba tenerle borracho, o por lo menos así lo llegué a creer.

—¿Habló de esto con ellos?

—No, ¿para qué? El suicidio debió de echar por tierra sus planes.

—A no ser que sus planes fueran matarle.

Issy sonreía candorosamente.

—Roland Piassava y el señor Cohen no son ángeles. Sin embargo, más bien pensé en una jugada financiera, una cuestión de negocios…

—Al morir Troppau se descubrió que estaba arruinado. ¿Tuvieron ellos, especialmente Cohen, algo que ver con su ruina?

—Lo ignoro.

—¿No sorprendió ninguna conversación, no recibió ninguna confidencia, no observó nada que revelase lo que bajo la superficie sucedía?

—Nada. Le he dicho que fue una impresión personal.

—¿En qué relaciones está usted ahora con esos dos hombres?

—El señor Cohen tenía en su casa un Van Gogh que valía una fortuna —dijo con dulzura la muchacha—: la última vez que estuve allí le puse el cuadro por sombrero. A Roland le partí un jarrón chino en la frente.

¡Oh! Y temo que habré de hacer pasar la cabeza de René a través del parabrisas de su coche si permite usted que me acompañe a casa.

—Sería un bonito experimento —replicó Wall fríamente—. Repito: buenas noches y gracias por todo.

Abrió la puerta, tropezó con el director al salir y se alejó a través del estudio sin una palabra de excusa.

CAPÍTULO VII

—En cierta ocasión, siendo yo chico —dijo Wall—, me entretuve en presenciar cómo los gatos del barrio le hacían la corte a la gatita persa del vecino en el patio de mi casa. Agazapados en derredor de ella, maullaban y bufaban como demonios, se acometían unos a otros, cambiaban zarpazos, se enzarzaban en breves y furiosas peleas. La gata, mientras tanto, tranquila, tendida lánguidamente de costado, se lamía las patas y se lustraba el pelo con gestos y actitudes tentadores, se desperezaba, miraba a todos con sus incitantes pupilas verde-gris. A veces, uno de los gatos reunía el valor suficiente para burlar la vigilancia de los demás y acercársele. Ella le esperaba runruneando, y de pronto, cuando le tenía a su alcance, sacaba las uñas, se convertía, en una fiera, un torbellino de bufidos, mordiscos y arañazos, y el galanteador huía lanzando gritos lastimeros. Desde aquel día siento por las gatitas persas cierta prevención.

—Muy instructivo —asintió el general Quarry, ahogando un bostezo —. Bueno, ¿vamos a pasarnos toda la noche aquí sin hacer nada?

Wall apoyó un dedo sobre una foto de un cuarto de página.

—Véala.

Finney acudió desde el fondo de la oficina para inclinarse sobre el volumen que el agente tenía abierto. Encuadernados por semestres, todos los periódicos correspondientes a la segunda mitad del año 1954 habían sido sacados de la biblioteca del Servicio de Información.

La foto mostraba a Issy Dumas tendida al sol en una silla de lona y ataviada con el inevitable bikini, sonriendo perezosamente, mirando al fotógrafo entre sus párpados semientornados.

Finney dijo:

—Creo que yo desafiaría también los arañazos. Valdría la pena, ¿no es así, Donovan? Usted la ha visto en la realidad y debe saberlo.

Sin responder, Wall pasó algunas páginas, hasta encontrar una en la que momentos antes había trazado con lápiz una señal. Leyó en voz alta:

—«El marinero Hans Fuchs estaba de guardia en el puente, cumpliendo con su obligación, cuando les vio llegar, a eso de las cuatro de la madrugada. Comprendió enseguida que la noche, según su propia expresión, había sido de alivio, lo cual no le sorprendió, pues estaba por desdicha acostumbrado a espectáculos semejantes. El propietario del yate

no se tenía en pie y era conducido por los sobacos por sus dos invitados, quienes no se mostraban tampoco demasiado serenos. El olor a alcohol que despedían se percibía a distancia. Asqueado por la escena, Fuchs, cuya pobre madre enferma necesitaría para curarse la mitad del dinero que Alfred Troppau dilapidaba en una sola de sus orgías, se abstuvo de intervenir. Desde su puesto presenció cómo los tres hombres salvaban con dificultad la pasarela y se dirigían hacia los camarotes. Más tarde…» —Wall interrumpió la lectura. Dijo—: Típica literatura periodística, sobre todo la alusión a la madre del marinero. Pero el párrafo resulta, a mí juicio, altamente revelador.

Finney se restregaba el mentón.

—¿Cuál es su idea?

—Quiero convencerme de que Piassava y Cohen asesinaron a Troppau en Hamburgo. Esto era lo que Lehmann se proponía revelar.

—¿Después de tanto tiempo?

—Quizá Cohen le cerró con dinero la boca; así se explicaría que hubiese renunciado a sus actividades, dedicándose estos años a vivir de renta… Por un motivo u otro, ahora había decidido hablar. ¿Cree que estoy equivocado?

—No lo sé —dijo Finney, encogiéndose de hombros—. Hemos comprobado que en nuestro archivo no existe nada contra Troppau, contra Piassava ni contra Cohen. No veo manera de relacionarlos con Lehmann. Si el informe de Hamburgo que estoy esperando nos iluminase…

—Prescinda del informe de Hamburgo y, ¡por Júpiter, Finney! abra los ojos y verá lo que no ve. ¡Kurt Lehmann pudo ser cualquier persona, incluso la más allegada a Troppau! ¡Pudo ser su socio, su secretario, su mejor amigo! ¿No piensa usted que de la verdadera personalidad de Lehmann no sabemos absolutamente nada?

—Claro que lo pienso. Y me parece entender que, según usted, Lehmann se hallaba presente cuando Troppau se suicidó… o lo asesinaron.

—Más o menos.

—¿A bordo del yate?

—No. Mire —Wall pasó de nuevo las páginas del periódico hasta encontrar la foto de Issy en la silla de lona—, necesito una base para trabajar en este asunto, aunque sea hipotética, y mi base va a ser por el momento admitir que la gatita persa me ha dicho la verdad. Hay en lo que me ha contado cosas más importantes de lo que ella misma supone; una, que tuvo la impresión de que Piassava y Cohen se habían confabulado contra Troppau, aunque no fuera específicamente para asesinarle; que Troppau estaba muy deprimido y que ellos procuraban mantenerle borracho; otra, que el día del suceso abandonaron los tres el yate y no regresaron hasta altas horas de la madrugada, y que el motivo de su ausencia era el supuesto negocio que proyectaban en común; otra, en fin,

que no había a bordo nadie más que Troppau, Piassava, Cohen, la muchacha y los tripulantes y camareros, y que por lo que nosotros sabemos de las actividades de Lehmann resulta muy difícil que él se contara entre los camareros o los tripulantes. Añada a todo esto el párrafo que he leído sobre lo que vio Hans Fuchs, el marinero de guardia…

—¿Cuál es el resultado, Donovan?

—Según los periódicos, Piassava y Cohen declararon haber pasado la tarde trabajando con Troppau y visitando a una serie de personas interesadas en el negocio de modas; luego cenaron en un restaurante de lujo y recorrieron unos cuantos cabarets del barrio de San Pauli. Ninguna de las informaciones especifica qué cabarets fueron; y sin embargo, para emborracharse como se emborrachó, Troppau debió dejar en ellos una pequeña fortuna, sobre todo contando con que la juerga se prolongó hasta las cuatro.

—Siga —invitó Finney.

—Usted me ha preguntado cuál es mi idea. Bien, mi idea es que las circunstancias, unas circunstancias que ignoro, forzaron a Piassava y Cohen a matar a su anfitrión. Ello ocurrió, no en el yate, sino en tierra, y Kurt Lehmann se hallaba presente, o muy próximo al lugar, o muy enterado de las tales circunstancias. Cometido el asesinato, los dos hombres llevaron a bordo el cadáver rociándolo abundantemente con cualquier bebida alcohólica que se oliese a distancia y fingiendo que Troppau estaba borracho perdido. Por último dispararon un tiro al aire y dejaron que los acontecimientos siguieran su curso. Era el modo más sencillo de convertir en aparente suicidio un crimen, quizá un crimen impremeditado y cometido a toda prisa para escapar de una agobiante situación.

—Pura hipótesis, desde luego.

—Deme un hecho que la invalide y renunciaré a ella. De lo contrario, a partir de ahora perseguiré a Piassava y Cohen por el triple asesinato de Alfred Troppau, Erika Heinke y Kurt Lehmann, alias Ismael Morse.

Finney movió la cabeza dubitativo. Comenzó a decir:

—Si el general… Bueno, se ha dormido —añadió, interrumpiéndose. El general Quarry había tomado asiento ante una mesa, apoyada la frente en sus brazos cruzados—. Vámonos, hablaremos en otra parte. Le conviene descansar.

—No me he dormido —dijo el general, sin mudar de posición—. Estoy reflexionando sobre los esfuerzos de imaginación que a veces requiere negarse a aceptar la realidad. —Levantó la cabeza y los dos hombres vieron arder la cólera en sus ojos—. ¡Infiernos! ¿Qué importa lo que ocurrió en Hamburgo a bordo de ese maldito yate? La partida actual estaba en juego entre los rusos y nosotros, y ellos, simplemente, nos han ganado por la mano. No me gusta hacer valer mi autoridad, pero me

obligan ustedes a recordarles que nuestro problema no es averiguar lo que pasó entre unos extranjeros borrachos el verano del cincuenta y cuatro sino salvar el prestigio americano en la crisis que ha provocado el asesinato de Lehmann. Hasta el momento presente no han dado ustedes un solo paso en este sentido.

—Perdone, general… —comenzó a protestar Finney, y se interrumpió de nuevo al ver que Harry O'Leary, su secretario, acudía desde la sala vecina—. ¿Qué ocurre, Harry?

—Teletipo —anunció Harry con voz soñolienta.

Los tres hombres se dirigieron a la sala, donde el aparato crepitaba aún. Finney tomó la tira en que aparecía el mensaje y la sostuvo horizontal para que el general y Wall leyeran con él:

> «Alfred Troppau, verdadero nombre Otto Kandell, ex agente almirante Canaris, enriquecido postguerra contrabando y mercado negro. Protegido Gobierno alemán occidental por sus contactos e influencias en Alemania Oriental, profusamente utilizados. Alcanzó destacada posición no oficial como eminencia gris y acumuló en pocos años gran fortuna, pero comenzó a declinar al sospecharse practicaba doble juego. Creése estuvo secretamente un año entero en U.R.S.S. y obedecía consignas rusas. Gobierno alemán ha guardado sobre esto silencio absoluto por no comprometerse debido al apoyo anteriormente prestado a Troppau. Gigantesca especulación uranio emprendida a última hora, al ser interrumpida por su muerte, hizo que su fortuna desapareciera. Asunto suicidio deliberadamente arrinconado por autoridades germanas: mejor echar tierra y olvidar. Muerte muy oportuna en todos sentidos. Seguirá mañana ampliación informe. Saludos. O.S.202».

El general masculló:

—¡Buen trabajo!

—Celebro que por lo menos algo le guste —suspiró Finney—. Una sorpresa, ¿eh? ¡Donovan, sospecho que su difunto amigo Troppau va a darnos más guerra de lo que usted se figuraba!

Wall, ceñudo, estudiaba el mensaje como si quisiera aprendérselo de memoria.

—Un ex agente de Canaris —dijo al fin—. No, imposible, ¡imposible!

—¿Qué es lo imposible?

—Lo que estoy pensando: Kurt Lehmann desapareció en Hamburgo al mismo tiempo que Troppau se suicidaba. Durante algún tiempo le creíamos muerto, ¿lo recuerda, Finney? Luego circularon rumores de que vivía, pero nunca fueron otra cosa que rumores… ¡Oh, maldición! ¡Alfred Troppau pudo haber sido perfectamente la persona sin rostro a quién

nosotros conocíamos por Lehmann!

—¡Donovan, no!

—¿Por qué no? Salvo lo que él dijo a Roger Alphand, o lo que este afirma que le dijo, no tenemos ninguna prueba de que fuera Lehmann el hombre muerto esta tarde en Montmartre…

—Ese camino conduce al caos —intervino fríamente el general.

—Estamos en pleno caos desde el principio —objetó Wall—. Usted opina que nuestro problema consiste en salvar la reputación de los Estados Unidos demostrando que no asesinamos a Lehmann… ¡Si solo consistiera en esto! Falta saber si Lehmann era Ismael Morse o Alfred Troppau; y si acaso hubiera sido Troppau, saber quién era Morse, saber si fue él quien inventó la farsa de las declaraciones por radio, ¡o si la inventó el propio Roger Alphand!

—¿Va usted a dudar de todo? —exclamó Finney.

—Dudo de todo.

—Pero han matado a Morse, ¿no es así? —dijo el general—. ¡No le habrían matado, ni tampoco a Erika Heinke, si la emisión de radio hubiera de ser una farsa! ¡Por Dios, Donovan, no se empeñe en complicar las rosas!

—Es un nombre, un simple nombre lo que la complica.

—¿Un nombre?

—Kurt Lehmann. Pruebe a suprimirlo, general. Suponga que Ismael Morse era, ¡qué sé yo! un vulgar camarero del yate de Troppau, que presenció el asesinato de su patrón, que le sobornaron para que callase y que ahora había decidido revelar la verdad a cambio de lo que Alphand le pagara. Suponga que Lehmann fuera Troppau, o suponga que Lehmann no ha existido nunca. Todo sencillo, claro, diáfano, y nosotros completamente al margen.

Hubo un silencio. Lo rompió Finney:

—Es una locura, Donovan. No podemos suprimir el nombre de Lehmann de la cuestión. Olvida usted que Erika Heinke fue asesinada, y lo fue, no cabe otra explicación, porque encontró a Lehmann siguiendo las órdenes de usted, porque le reconoció y descubrió su escondrijo…

—No olvido nada de eso —dijo Wall, sonriendo—. Por algo afirmo que estamos desde el principio en pleno caos.

El general anunció bruscamente:

—Me voy a dormir. Quizá mañana comprenderán ustedes que no he venido de Washington para practicar ejercicios mentales —volvió la espalda a los dos hombres y se dirigió hacia la puerta a largas zancadas—. ¡Buenas noches!

Desapareció con un portazo.

—En parte tiene razón —comentó Finney, sombrío—; y quiera Dios que su parte de razón no me cueste a mí el puesto y me arruine la carrera.

Wall se encogió de hombros. Sin decir nada se apartó del teletipo,

descolgó uno de los teléfonos alineados en batería sobre la mesa más próxima y marcó un número.

—Con el comisario Thiess —pidió. Añadió enseguida—: ¿Thiess? Soy Donovan. He supuesto que le encontraría trabajando aún.

—A usted debo agradecérselo —respondió la voz cansada y falta de interés del comisario—. ¿Cuál es el nuevo cadáver?

—Esta vez no lo hay. Únicamente deseo noticias de Ismael Morse.

—No se llamaba Ismael Morse.

—¿Cómo, entonces? ¿Kurt Lehmann, acaso?

—No lo sé. Pero su pasaporte era una falsificación.

Wall reflexionó tamborileando con sus dedos sobre la mesa.

—Bueno, eso es ya una noticia. ¿El cuerpo ha sido examinado por el médico?

—Examen provisional.

—La pregunta quizá le parezca tonta, pero, ¿pudo ese hombre, por lo que su constitución física o lo que quedó de su tez y sus rasgos dejen suponer, haber sido marino o vivido en el mar?

—En todo caso… hace mucho tiempo. De su actual condición física se desprende que donde debía vivir era en un sanatorio.

—¿Por qué?

—Había sido operado de cáncer años atrás. La enfermedad se le había reproducido y se hallaba ahora en estado muy avanzado. Posiblemente, ¿me oye, Donovan? fuera este el motivo del misterioso eclipse de Kurt Lehmann.

—Cuerno —murmuró Wall entre dientes. Pensó: «Un elemento más del caos». Inquirió—: ¿Han tomado sus huellas dactilares? ¿Estaba fichado?

—No estaba fichado. Continúa siendo, por ahora, un perfecto desconocido para nosotros. Sabemos quién no era: Ismael Morse, porque su pasaporte era falso y porque la policía suiza nos comunica que nadie llamado así ha residido en las señas que en el pasaporte figuran; pero no sabemos quién era. ¿Y usted?

—Yo me he hundido en el caos —dijo Wall sinceramente—. Gracias.

Cortó.

—¿Un marino o un hombre que ha vivido en el mar? ¿Piensa todavía en algún tripulante del yate?

—Pienso en pedir plaza en un manicomio. Ismael Morse estaba gravemente enfermo: se le había reproducido un cáncer del que fue operado hace años. Si él era Lehmann, un cáncer sería motivo sobrado para que renunciase a sus actividades.

—Era Kurt Lehmann, no podemos dudarlo; de lo contrario, Erika no habría muerto asesinada.

—Lo sé —suspiró Wall—. Hágame un favor, Finney. Consígame un

informe detallado sobre Roger Alphand.

—¿Alphand? ¿Qué pasa ahora con Alphand?

—Antes ha dicho usted que el general Quarry tiene su parte de razón, y es verdad: a Lehmann, alias Morse, pueden haberle matado los rusos para imponerle silencio y cargarnos a nosotros la culpa. Me intriga el hecho de que Alphand no haya mencionado el suicidio de Troppau hasta después de anunciarle yo el asesinato de Lehmann. Es posible que intente pescar en río revuelto, que una cosa y otra nada tengan que ver; es decir, que Lehmann no le hablase para nada del asunto, que lo haya introducido él por su cuenta para tener algo con que llenar su programa del viernes…

—Donovan —dijo Finney, con una mezcla de admiración y hastío—, nunca conocí a nadie con una mente más tortuosa que la de usted.

—¿Conseguirá el informe?

—Sí. ¿A dónde va?

Wall caminaba hacia la puerta.

—A fastidiarle la noche a un millonario —respondió.

CAPÍTULO VIII

Se celebraba una fiesta. Hilaire Cohen vivía en Neuilly, en una villa neoclásica rodeada de parque, como hubiera podido vivir un Rothschild del siglo XIX. La puerta que daba acceso a la avenida estaba abierta de par en par, y avanzando bajo los solemnes cipreses captó Wall las primeras notas de la música, vio las luces y, por último, la media docena de automóviles estacionados ante la casa.

No obstante, se trataba en cierto modo de una fiesta íntima. Media docena de coches representaban muy pocos invitados, y las luces eran únicamente las de un salón abierto a una terraza lateral, a la cual se podía ascender por una escalera flanqueada de rojas cannas en flor sin necesidad de entrar en el edificio. Wall ascendió. Una pareja bailaba en la terraza, entre grandes tiestos de hortensias, estrechamente abrazada y con paso inseguro. La música sonaba dentro, estridente, en un amplificador mal graduado, mezclada con voces y risas.

Cuando se detuvo en el umbral de una de las amplias puertasventanas, lo que vio no le sorprendió. En una mesa lateral los restos de una cena fría; en otra había botellas por docenas. Los hombres eran en su mayoría maduros, y alguno viejo; las mujeres, todas jóvenes. Lo mismo ellos que ellas habían bebido demasiado.

Nadie hizo el menor caso de él. Avanzó a lo largo de la pared, y una muchacha tambaleante, que reía hasta saltársele las lágrimas, ataviada con un vestido dorado lleno de flecos y un largo collar estilo años veinte, se interpuso en su camino. La asió del brazo.

—¿Quién es Hilaire Cohen?

Ella se apoyó en su pecho para no caer y le miró de abajo arriba con ojos turbios.

—¿Hilaire? —repitió.

—Sí, ¿cuál de ellos?

—¡Déjate de Hilaire ahora! ¡Ven! ¡Ven, te enseñaré…!

Wall la zarandeó.

—¿Cuál es?

—El… el que está allí sentado. ¡Oye! No me hagas… ¡Oye!

La soltó y siguió adelante. Hilaire Cohen estaba sentado en un sofá, con una muchacha a cada lado. Ellas parecían divertirse mucho, pero él

tenía una expresión grave, melancólica y ausente. Era un hombre de cincuenta y cinco a sesenta años, obeso, de cara fofa y pálida, gran nariz, bolsas bajo los ojos y pupilas vidriosas. Daba vueltas entre sus manos, como amasándolo, a un vaso de whisky.

Wall rodeó el sofá para aproximarse por detrás. Tocó a Cohen en el hombro.

—Tengo que hablarle.

Cohen alzó la cabeza y le miró estúpidamente; las muchachas también, y además rieron, como si se tratara de una broma. Todas ellas parecían reír como máquinas, de un modo entre automático e histérico.

—¿Quién es usted?

—No pretendo pasar por aguafiestas. Soy americano, Wallace Donovan, adscrito al Mando Central de las Fuerzas Armadas en Europa. Debo hablarle de algo importante.

¿Ahora? —articuló el millonario—. Pero, ¿se da cuenta…?

—Sí, ahora.

—No comprendo.

—¿Qué dice? —preguntó una de las muchachas, y volvió a reír—. ¿Es americano?

—Ahora, señor Cohen.

Quita, nena. —Cohen retiró de su hombro una mano femenina y se puso en pie con un poco de esfuerzo—. Unos minutos solamente, ¿eh? —dijo a Wall—. Venga por aquí. Sírvase de camino algo de beber, si le apetece. Cada cual hace lo que le da la gana.

Wall no se sirvió de beber. Siguió al millonario a una biblioteca, entró y se detuvo a cerrar la puerta, que Cohen dejaba abierta de par en par. La sólida hoja de madera no le aisló por completo de la música, pero alivió considerablemente sus oídos.

Una mirada le bastó entonces para observar que Hilaire Cohen no estaba ni remotamente borracho. Sus ojos vidriosos se habían vuelto claros y duros. Apoyado de espaldas en los estantes de libros, con el vaso en la mano, le miraba escrutadoramente.

—Bien, ¿qué diantre puede querer de mí el Alto Mando americano, y a esta hora de la madrugada?

Wall meditó unos segundos las palabras que iba a pronunciar.

—Deseamos hacerle una consulta, señor Cohen, y tendrá que disculpar que la urgencia del caso nos obligue a molestarle en momentos inoportunos. —La deliberada cortesía semejó suavizar la expresión del millonario—. Estamos investigando las declaraciones anunciadas para el viernes, en su programa de radio, por Roger Alphand; las declaraciones de un supuesto espía llamado Kurt Lehmann. Hemos sabido con sorpresa que le aluden a usted, y su ayuda nos sería muy útil para resolver un desdichado conflicto.

Cohen contuvo la respiración.

—Repita eso. ¿A quién aluden las declaraciones de ese espía?

—A usted.

—¿Está loco?

—No, señor Cohen. Alphand, usted no lo ignora, ha, montado su propaganda sobre el supuesto de que las revelaciones de Lehmann serán escandalosas con respecto a la actuación de los servicios secretos americanos. En realidad, el tema principal de que va a hablarse es el ya antiguo suicidio de Alfred Troppau.

La boca del millonario sufrió una levísima contracción. No hubo más. Cohen se volvió a medias para depositar el vaso entre los libros e inició una serie de lentas operaciones: sacar del bolsillo una boquilla, sostenerla entre los dientes, sacar una pitillera, un cigarrillo, quitarse la boquilla de entre los dientes, insertar el cigarrillo y volvérsela a colocar, y por último encender el cigarrillo con un encendedor que no funcionó hasta el cuarto intento. Wall comprendió que durante todo esto su mente había estado trabajando a alta presión.

Cuando la pitillera y el encendedor hubieron vuelto a sus respectivos lugares, Cohen tomó de nuevo el vaso, fumó un par de chupadas y dijo:

—No consigo explicarme cómo el espionaje americano puede relacionarse con el suicidio del pobre Troppau y, a través de aquel desdichado suceso, conmigo. Temo que haya venido aquí mal informado, señor, ¿cuál es su nombre?

—Donovan.

—Señor Donovan.

Wall sonrió con toda la amplitud de que fue capaz.

—Le he dicho que el espionaje americano es la tapadera propagandística usada por Alphand. Kurt Lehmann estaba aquel verano en Hamburgo, y por cierto que muy cerca de ustedes y de Troppau. Se propone contar cómo usted y Roland Piassava desembarcaron aquella tarde en compañía de su anfitrión, qué cosas hicieron en tierra, y de qué modo, ya entrada la madrugada, usted y Piassava se vieron constreñidos a matar a Troppau. —La voz de Wall era tranquila, mansa como el discurrir de un arroyo—. Lehmann conoce los detalles del plan que ustedes ejecutaron para convertir el asesinato en aparente suicidio, devolviendo a Troppau a bordo como si estuviera borracho, engañando al marinero de guardia, y por último, cuando el muerto estuvo en su camarote, disparando un tiro al aire y colocando en su mano la pistola. Se propone también, por descontado, explicar los motivos del crimen.

Si esperaba que Cohen se alterase quedó defraudado. El millonario preguntó glacialmente:

—¿De dónde ha sacado usted esa extraña historia?

—Me limito a anunciarle lo que será la próxima emisión de Alphand.

—¡Ridículo! ¡Absurdo! Tengo a Roger Alphand por un cínico, pero también por un hombre inteligente y capaz de saber que si comete semejante dislate mis abogados le pulverizarán con una querella por difamación e injurias.

—No, señor Cohen.

—¡Por favor, descienda usted de las nubes!

—No, señor Cohen —repitió firmemente Wall—. Sus abogados no pulverizarán a nadie si Lehmann tiene pruebas de lo que afirma, o si él mismo fue testigo y estuviera dispuesto a sostener sus declaraciones en los tribunales.

—¿Después de haber callado tanto tiempo? No me haga usted reír.

—Lehmann sufre un cáncer, está gravísimo, a las puertas de la muerte; sin duda habla para descargar su conciencia, y sin duda ha callado hasta ahora porque le pagaron bien su silencio.

Cohen fumaba con perfecto aplomo.

—Como guste, señor Donovan. Soy un luchador. Vea claramente que por Alphand o por quien sea se ha tramado una conspiración contra mí, pero me tiene sin cuidado. Lucharé con todas mis armas.

—Está luchando ya —dijo Wall suavemente.

—¿Estoy luchando?

—Sí. El programa de radio del viernes no será coma Alphand lo había proyectado. Era tan cierto y tan peligroso lo que Lehmann tenía que decir, que alguien le ha cerrado la boca asesinándole esta tarde. Sus armas, señor Cohen, no son del todo limpias…

—¿He oído bien? —exclamó el millonario, perdiendo por primera vez los estribos—. ¿No solo me acusa usted de haber matado a mi amigo Troppau, sino también a un tipo llamado Lehmann a quién ni siquiera conozco?

Wall continuaba sonriendo.

—Exactamente; y conste que yo no soy un policía, ni un juez, ni un verdugo, ni nadie que le pida a usted cuentas de sus actos. No pretendo sino que me ayude a esclarecer una situación equívoca. Por mí, mientras no me perjudique y no lesione los intereses de mí país, puede dedicarse a eliminar parásitos como Troppau o Lehmann impunemente.

—¡Basta ya! Le ruego que se marche. Para sostener conversaciones grotescas tengo ahí fuera un puñado de borrachos más divertidos que usted.

—No —Wall no se movió—. Antes de marcharme debo aclarar cómo y por qué murió Troppau. Sé que usted y Piassava maquinaban algo contra él desde que en Honfleur subieron a bordo del yate; sé que Troppau murió arruinado, pero que no se hubiera arruinado de haber vivido lo suficiente para terminar la especulación con uranio en que había comprometido la mayor parte de su fortuna…

—¿Habré de despedirle a las malas? —le interrumpió Cohen. Su voz tembló ligeramente. Estaba pálido, pero de cólera, no de miedo—. Creo, señor Donovan, que no tiene usted idea del berenjenal en que se ha metido.

Wall observó que, mientras hablaba, se había desplazado a lo largo de los estantes de libros y que oprimía con disimulo el botón de un timbre. Se apartó a su vez para no tener la puerta a su espalda y poder ver a la persona que sin duda no tardaría en entrar, pero sus ojos no eludieron los del millonario.

—¿Qué pasó, señor Cohen? —preguntó—. ¿Se encontró usted obligado a eliminar a Troppau para evitar que este le arruinase, y solicitó para ello la colaboración de Piassava? ¿O bien calculó que matando a Troppau en el momento en que su especulación estaba todavía en el aire haría usted un gran negocio? ¿Influyó el hecho de que Alfred Troppau había perdido la confianza del Gobierno alemán y su posición se volvía peligrosa? Porque a Troppau le mataron, señor Cohen, esto es tan cierto como que el sol da luz; de lo contrario no habría sido asesinado ahora Kurt Lehmann, único testigo del asesinato.

Nadie acudía a la llamada del timbre. Wall sintió ganas de reír al notar que, disimulando a duras penas su nerviosismo, súbitamente perlada la frente de sudor, el millonario oprimía el botón por segunda vez.

Hubo un silencio, y nadie acudió tampoco.

—¿Quién le ha sugerido la idea de que se cometió un crimen? —preguntó Cohen, después de evidentes titubeos—. Si ese Lehmann ha muerto, ¿cómo conoce usted sus intenciones? Ha sido Roger Alphand, ¿no es así? quien le ha engatusado…

—Roger Alphand se ha limitado a decirme que, para probar que sus revelaciones serían importantes, Lehmann le aseguró que hundirían en el fango a Issy Dumas, a Roland Piassava y a usted. El resto lo he ido averiguando en el curso de la noche.

Cohen oprimió el timbre por tercera vez. Esperó conteniendo la respiración, y luego, como su espera fuese vana, se decidió a decir:

—Está bien, paso por alto el insulto que sus supuestas averiguaciones representan para mí. —Había una nota de claudicación en su tono—. Prefiero pensar que las palabras de ese hombre han sido mal interpretadas por Alphand o por usted. Puede… puede que la muerte de Troppau no fuera precisamente un suicidio… pero tampoco fue un asesinato. ¿Me pedía usted ayuda? Ahí la tiene.

—No comprendo.

—Es que… no me es posible hablar de eso con precisión, porque se trata de una hipótesis no respaldada por evidencias concretas. ¿Cómo le diría yo? Una suposición mía que no puedo probar, aunque sé que es acertada…

Wall señaló burlonamente el lugar que ocupaba el botón del timbre.

—¿Trata de ganar tiempo con vaguedades hasta que alguien responda a sus llamadas de auxilio?

Cohen dominó su sobresalto.

—Trato de ser honesto con usted.

—Explíquese, entonces.

—Quiero decir que yo nunca creí que Troppau se hubiera suicidado. —El millonario alzó su vaso de whisky y casi lo vació de un trago. La bebida le animó a continuar—: Nada hacía suponer que se suicidaría, y conste que yo le conocía bien, que aquellos días le trataba íntimamente, que habíamos pasado, cuando murió, la tarde y la noche juntos. Pero él estaba loco por Issy… Bebía como un demonio, y lo hacía por ella. No había modo de que comprendiese la clase de muchacha que era Issy Dumas por aquel entonces: sorprendentemente virtuosa para la vida que llevaba y la carrera que comenzaba a seguir. ¿Lo diría usted ahora, si acaso la conoce, solo con que haya visto sus indecentes películas? ¡Cómo corre el tiempo! Aquella noche, a medida que se emborrachaba, Troppau se emperraba con Issy, con Issy, con Issy… No estaba acostumbrado a refrenar sus pasiones. Recuerdo que Roland y yo sentimos verdadero alivio cuando la bebida le puso fuera de combate. En este estado le llevamos a bordo y le dejamos en su camarote, creyéndole completamente aletargado. No lo estaba. Sin duda no tardó en despertar… Lo demás puede usted imaginarlo.

Wall había escuchado el relato con creciente asombro.

—Mi imaginación es muy pobre —dijo.

En aquel instante se abrió violentamente la puerta, y él se colocó instintivamente en guardia. Un hombre joven y corpulento, de cara abotargada, con los cabellos de punta, descalzo, que evidentemente había endosado a toda prisa sobre un pijama listado unos pantalones y una chaqueta de gabardina azul, se precipitó en la biblioteca.

—¿Llamaba usted, patrón? —inquirió jadeante—. Ha llamado, ¿verdad?

Cohen enrojeció.

—¡Lárgate a dormir, estúpido! —gritó. El temblor de su mano provocó una tempestad en el interior del vaso de whisky—. ¡Lárgate inmediatamente de mí vista, y mucho ojo con volver a entrar sin avisar en una habitación! ¿Qué te has creído, mamarracho?

El hombre le miró estupefacto, miró a Wall y emprendió la retirada balbuciendo confusamente:

—Sí, patrón… Perdóneme, patrón…

Desapareció y cerró la puerta.

—Me alegra que elija usted la vía civilizada —observó Wall, respirando hondo—. Si su guardaespaldas hubiese acudido al primer timbrazo no tendría ahora un aspecto tan saludable. Suelo mostrarme un

poco rudo cuando alguien me trata de modo descortés.

Cohen conservaba con desesperado esfuerzo el dominio de sí mismo.

—Ha habido un error —articuló.

—Posiblemente. Bien, yo estaba diciéndole que mi imaginación es muy pobre. ¿Qué pasó al despertar Troppau de su borrachera antes de lo que usted suponía?

—Terminemos de una vez —gruñó el millonario—, ¡y al diablo los escrúpulos! Issy no merece tantas consideraciones. Lo que pasó fue que Troppau corrió en busca de la muchacha y la arrastró a su camarote. ¡El muy imbécil no sabía lo que hacía, no comprendía con quién se la estaba jugando! Issy, ¡buena era ella! le pegó un tiro con la pistola que él tenía siempre junto a la cabecera de la cama. Conservó la serenidad suficiente para colocarle la pistola en la mano y escapar antes de que acudiéramos nosotros.

Por la mente de Wall pasó como un relámpago la imagen de una gatita persa ahuyentando a zarpazos y mordiscos a sus galanteadores tras haberlos atraído con lánguidos movimientos y lascivas miradas de sus ojos gris-verde.

—¿Presenció alguien eso?

—No; le he dicho que es una suposición mía.

—¿Basada solo en lo que me ha contado?

—Y en que Issy sufría un ataque de nervios cuando yo personalmente fui a darle la noticia.

Wall escrutó el fofo rostro del millonario.

—Lo siento, Cohen, pero no puedo creerle. Un hombre como Kurt Lehmann no corre los riesgos que él ha corrido por un cuento de jovencitas virtuosas como ese, no se hace matar por semejante tontería; aparte el hecho de que el cuento no hunde en el fango a Issy Dumas, ni mucho menos a Piassava y a usted.

—Lo de su famoso Lehmann es chino para mí —replicó Cohen, tranquilo ahora, encogiéndose de hombros.

La mirada de Wall recorrió las paredes de la biblioteca en busca de algo cuyo recuerdo había acudido a su memoria escuchando el relato del millonario. Lo encontró: un cuadro, uno de los ocho suspendidos entre los libros. Se aproximó a examinarlo. Representaba a unos campesinos recogiendo mieses bajo el sol estival y, pese a que la restauración había sido excelente, se notaba que la tela fue maltratada, rasgada y perforada en el centro.

—Un Van Gogh, si no me equivoco.

—Sí.

Wall se dirigió lentamente a la puerta.

—Hubiera sido imperdonable candidez, señor Cohen, esperar que usted se confesara autor de la muerte de Troppau y de las que ahora han

ocurrido como consecuencia de aquella —dijo—. De todos modos, pudo haber intentado engañarme con upa historia más verosímil… Por encima de los obstáculos que he mencionado hay otro que me impide prestarle crédito.

—Váyase al infierno, entonces. ¿Cuál es?

—¿El obstáculo? Ese cuadro. —Wall abrió la puerta—. Un día, Issy Dumas se lo puso a usted por sombrero. Ello explica el entusiasmo con que usted se ha aprestado a colgarle el sambenito de la muerte de su amigo alemán…

—¡Oh, ha hablado con ella! —le interrumpió incisivamente el millonario—. ¡Ya comprendo, pues, quién me ha colgado el sambenito de esa muerte a mí! Débil es la carne, señor Donovan. Muy bonita, Issy Dumas, ¿verdad? ¡Muy bonita! ¡Una estrella de cine llena de, seducciones y experta en echar a los hombres tierra a los ojos! ¡Ya comprendo!

Wall salió y cerró la puerta dejándole con la palabra en la boca.

Dos parejas intentaban en medio de la sala bailar un charlestón, y las mujeres chillaban como ratas. Una de las muchachas que estuvo sentada junto a Cohen se había dormido en el sofá.

Wall abandonó la casa caminando con las manos en los bolsillos.

CAPÍTULO IX

Vestía una bata de seda de color púrpura y calzaba zapatillas negras. Debajo estaba casi completamente vestido, y dada la prontitud con que abrió la puerta no había tenido tiempo de vestirse desde que Wall llamó. Al ver que este miraba la hora en su reloj, dijo:

—A veces trabajo la noche entera. ¿Quiere pasar?

Le condujo a su estudio, una habitación amplia y decorada lujosamente, pero sumida en el mayor desorden. Había una enorme mesa de dibujo llena de láminas y papeles, con una máquina de escribir en un ángulo; una docena de maniquís alineados frente a la mesa, montones de telas por todas partes, varias tijeras, varias almohadillas de alfileres y un tablero vertical que sostenía fotos y bocetos en colores.

Wall, empero, prestó menos atención al escenario que al personaje. Roland Piassava tenía alrededor de treinta años y era alto y atlético. Hubiera resultado un buen tipo de hombre de no ser por sus ojos huidizos, miserables, cobardes y taimados, por su sonrisa meliflua, por su cara demasiado pálida, por su rizado y brillante cabello negro y por el intenso aroma de agua de colonia que se desprendía de él. No obstante, su palidez, su sonrisa y la expresión de sus ojos podían ser caracteres accidentales debidos a que estaba asustado. Wall lo notó en cuanto abrió la puerta, mortalmente asustado, aunque encubriese su pánico con modales amables.

Al decirle él su nombre y el motivo de su extemporánea visita había fingido un cierto grado de sorpresa. No la fingió con demasiada propiedad. Wall esperaba que Hilaire Cohen le habría llamado por teléfono previniéndole de lo que estaba en danza, y la larga distancia desde Neuilly al Barrio Latino, donde Piassava vivía, aun cubierta a la velocidad del «Alfa Romeo» por las calles libres de tráfico, habría dado tiempo al modisto de prepararse para el chaparrón.

Piassava preguntó:

—¿Puedo ofrecerle algo de beber? ¿Un refresco carbónico, a estilo americano? ¿Un coñac? ¿Un «highball»?

—Quizá un «highball» me quitará el mal sabor de boca que me ha dejado la visita a su amigo.

El modisto se puso nervioso.

—¿Viene… viene de visitar a un amigo mío? ¿Es casualidad?

—Ya sabe que no. Cohen le llamo por teléfono hace poco para contárselo.

—¿Sí? ¡Oh, je, je! ¡Oh!

—No se asuste —rio sordamente Wall, mientras presenciaba cómo, con manos temblorosas, se aprestaba a preparar la bebida—. Procuraremos que todo discurra entre nosotros en los términos más apacibles.

Piassava desapareció y regresó con un recipiente de hielo.

—Me… me azoro con facilidad —explicó, forzando una sonrisa—. Es un defecto del que no consigo desprenderme, y me ha desconcertado de tal modo que un investigador extranjero acuda a mí casa a las tantas de la madrugada para… para pedirme información… Reconocerá usted que no es una situación corriente.

—¿Por qué no hablamos claro?

—Trato de…

—¿Le ha dicho Cohen lo que me ha dicho a mí?

El modisto sirvió el whisky sin responder y derramó parte por el suelo. Wall se acercó a él. Le quitó la botella de la mano.

—Es usted abyecto, Piassava. ¿Qué es lo que le aterroriza? Si yo hubiera creído lo que Cohen me ha contado, ¿piensa que me hubiera tomado la molestia de venir? ¡Vamos, cálmese! Estoy aquí para darle ocasión de justificarse y desmentir las insinuaciones que contra usted se me han hecho. Sé perfectamente que casi todas son mentira.

Piassava se estremeció.

—¿Insi… insinuaciones? ¿Contra mí?

Wall echó calmosamente whisky en el vaso, le añadió hielo y soda, lo agitó y lo miró al trasluz. Luego se encogió de hombros.

—No se las tenga en cuenta. Cohen se encuentra atrapado por lo que le hizo a Troppau y es natural que pretenda quitarse de encima toda la responsabilidad posible.

—¿De qué está hablando? —gimió el modisto. Buscó a trompicones una silla y se dejó caer sentado en ella—. ¿Qué insinuaciones? ¡Oiga! ¡Conteste! ¿Qué es lo que ocurre?

—Ya veo que Cohen no le ha dicho una palabra —observó Wall, compasivo.

Se llevó distraídamente el vaso a los labios y comenzó a beber. Piassava le miraba, tenso, envarado en la silla, abriendo y cerrando mecánicamente los puños, aguardando a que añadiese algo más. Pero, tras una larga pausa, lo único que Wall dijo fue:

—Buen whisky.

Un muelle semejó entonces dispararse en el cuerpo del modisto. Con un lamento ahogado, como si hubiera recibido un pinchazo o un azote, saltó repentinamente de la silla y se precipitó contra él. Por su vigor y corpulencia no era ni mucho menos un enemigo despreciable. Wall retrocedió un paso y le arrojó a los ojos el líquido y los fragmentos de hielo que quedaban en el vaso. Aquello frenó el primer ímpetu de su

ataque. Luego soltó el vaso y le golpeó con ambas manos abiertas, un tremendo bofetón en la mejilla derecha, otro en la izquierda. La cabeza de Piassava se bamboleó.

—Pegarle a un zopenco es mi deporte favorito —dijo el americano—. ¿Quiere más?

El modisto ni siquiera le oyó. Frenético, sollozaba de dolor, de humillación y de rabia. Acometió como un toro, con la cabeza baja, blandiendo peligrosamente los puños. Wall le descargó con el canto de la mano un hachazo en el cuello, seguido de un uppercut que se estrelló de lleno contra su rostro. El feroz impacto proyectó a Piassava como una catapulta. Aletearon los faldones de su alegre bata, cayó sobre un lado de la mesa de dibujo, la volcó y la arrastró consigo al suelo, derribando al propio tiempo la hilera de maniquíes, que se derrumbaron como los muñecos de un pim-pam-pum. El estruendo fue enorme.

En el suelo, encogido sobre sí mismo, Piassava lloraba. Wall tomó la botella de whisky, la destapó y poco a poco fue vertiéndole el contenido encima. El modisto no reaccionó. El líquido le empapó los cabellos, se deslizó por su cara, le entró por el cuello de la bata. Piassava continuaba llorando. Cuando la botella estuvo vacía, Wall la soltó y se la dejó caer en mitad de la cabeza. Los sollozos del modisto se hicieron patéticos.

Empujándole con el pie, el americano le tendió boca arriba.

—Espero que ahora huela mejor —dijo—. Me molestaba, ¿sabe? el perfume de su agua de colonia.

Piassava susurró entrecortadamente:

—¡Bestia! ¡Maldito salvaje!

—Usted lo ha querido —replicó Wall, sonriendo. Se colocó un cigarrillo entre los labios—. Le dije antes que mi intención era conversar apaciblemente. —Encendió el cigarrillo—. Hala, levántese, me da no sé qué verle derretirse en lágrimas. Usted y yo tenemos mucho que hablar.

—¡Márchese!

—¡Oh, nada de eso! Le haré la misma advertencia que he hecho al que se finge su amigo, Hilaire Cohen: no soy un policía, ni un juez, ni un verdugo, ni le pido cuentas de sus actos. Tiene usted que optar entre tratar conmigo o con las autoridades, y creo que la elección no ofrece duda.

Piassava se restregó los ojos y se incorporó hasta quedar sentado, apoyado en la mesa tumbada. El baño de whisky le daba una apariencia lamentable.

—Pero… pero Cohen…

—Cohen dice que usted mató a Troppau.

—*¡No!*

El monosílabo había sido aullado más que gritado.

—Dice que la intención de usted fue buena, que a él le favoreció extraordinariamente y que Alfred Troppau merecía morir, lo cual no quita

que cometiera usted un asesinato. Dice, en fin, que hasta la fecha se consideraba moralmente obligado a respaldarle, pero con la muerte de Erika Heinke y Kurt Lehmann las circunstancias se han puesto tan difíciles…

—¿Eh? ¿Quién? —exclamó Piassava, como loco—. ¿Erika qué? ¿Quién más? ¡Alfred Troppau se suicidó!

—Ese cuento ya no quiere oírlo nadie.

—¡Se suicidó!

Wall reía.

—¡Cuidado, Piassava! ¿No le ha ordenado Cohen decirme que a Troppau le mató Issy Dumas?

—¡No fue Issy! ¡Repito que se suicidó!

El agente expelió dos chorros de humo por la nariz. «No fue Issy». ¿Se dispondría el modisto a revelarle la verdad? Comenzaba negándose a corroborar las declaraciones del millonario, ¡quien sin duda le había exigido por teléfono que le sostuviese! ¿Hasta dónde llegaría por aquel camino?

—Muy bien, discutiremos eso más tarde. Ocupémonos ahora de Cohen. ¿Es cierto que Troppau estaba a punto de arruinarle?

—¡No!

—Entonces, ¿era Cohen quien había proyectado un colosal negocio a costa del alemán?

—¡Naturalmente que sí!

—Acláreme eso.

—Troppau había emprendido en secreto una operación de gran envergadura —dijo Piassava, sorbiéndose las lágrimas y hablando atropelladamente—. Cohen lo sospechaba y no paró hasta averiguar en qué consistía: algo relacionado con unos yacimientos de uranio, no lo sé con exactitud; yo no intervine. Entonces tomó medidas para beneficiarse él también, pero se encontró con que Troppau era demasiado astuto, demasiado fuerte, y había hecho demasiado bien las cosas. Creo que descubrió que la única manera de obtener ganancias de verdad era emprender la operación contraria y lograr que los planes de Troppau se malograsen. Para ello necesitaba estar cerca de él, vigilante, estudiar sus actos. Tomó como pretexto un proyecto de ampliación de mí negocio de modas en el que Troppau se había interesado y que él, hasta aquel momento, no había visto con buenos ojos… Así embarcamos en el yate. Cohen contaba con la tendencia de Troppau a chiflarse por el alcohol y las mujeres. Alcohol supuso que lo habría a bordo en abundancia; mujeres, invitó a Issy Dumas, la más bonita de mis modelos. El resto no me pregunte cómo lo consiguió. Cuando llegamos a Hamburgo lo había calculado todo para que Troppau perdiera su dinero y lo ganase él, y tengo entendido, porque se ha vanagloriado ante mí de ello, que le bastó una

llamada telefónica para empujar al alemán a la ruina. Aquel día fatídico, el día de la tragedia, Troppau sabía que estaba acabado, y sin embargo, no sospechaba que era Cohen quien le había hundido. Cohen hablaba constantemente de nuestro negocio, aturdía a Troppau con su insistencia, no parecía interesarse por absolutamente nada más… Bueno, Troppau, desesperado, aunque sin haber dicho una palabra de su espantosa situación, se puso a beber como un animal. Le llevamos con gran trabajo al yate y creíamos dejarle dormido en su camarote. Poco después se pegaba un tiro… Había sido la lucha de dos colosos, y Cohen triunfó porque era quien mejor había guardado el secreto de su plan de batalla.

—Noble y aleccionadora competición —dijo Wall sarcásticamente—. Troppau se chiflaba por las mujeres. ¿Se chifló por Issy Dumas?

—No más que por otras.

—Cohen afirma que se chifló como por ninguna…

—¡Deje en paz lo que afirma Cohen!

—¿Era una chica honesta?

—A su manera, sí.

—¿Usted la aprecia, Piassava?

—La detesto, pero procuro decirle a usted la verdad.

—¡Y un cuerno! La verdad es, ¡atrévase a negarlo! que usted adoraba a Issy, que verla expuesta a la galantería de Troppau le había amargado el viaje, que su odio hacia el alemán culminó cuando la muchacha dio señales de ceder a sus pretensiones… ¡Fue este el momento en que, aprovechándose de su borrachera, mató usted a Troppau y fingió que se había suicidado! ¡Atrévase a negarlo, Piassava!

—¡Lo… lo niego!

—¿Pretende que Cohen es un mentiroso?

El modisto inquirió con horror:

—¿Ha dicho él eso de mí?

—No con palabras tan claras, pero lo ha dicho.

Piassava murmuró algo lloriqueando. Al fin se puso a gatas y se levantó. Secándose las lágrimas en la manga de la bata dirigióse al aparador de donde había tomado la botella de whisky, sacó otra botella, otro vaso, y se sirvió generosamente. Bebió, ingiriendo con dificultad. Su llanto y su rabia infantil, en un hombre de su tamaño, producían una penosa impresión.

El whisky le serenó un poco.

—Me engaña usted desde el principio —dijo entonces—. Cree poder jugar conmigo, ya lo sé. Es imposible que Cohen me haya acusado de matar a Troppau…

—¿Quizá porque es un amigo demasiado fiel? —se burló Wall.

—No: porque yo sé de él demasiadas cosas.

—¡Oh!

—¡Sí, demasiadas cosas! Si él me echa la culpa de un asesinato, yo le enterraré en basura, que además será auténtica, no inventada como su acusación. Cohen tiene que saberlo.

—A grandes males, grandes remedios —replicó Wall afablemente—. Su amigo Cohen, entre cargar con tres asesinos o perder la reputación y algunos millones de francos, es evidente que ha optado por lo segundo.

Piassava volvió a servirse whisky. Miraba al suelo.

—¡Tres asesinatos!

—El de Troppau, y el de una muchacha llamada Erika Heinke y el de Kurt Lehmann cometido esta tarde. Insisto en que la situación es angustiosa, Piassava. Cohen se ve perdido. Kurt Lehmann iba a revelar el viernes, en el programa de, radio de Roger Alphand, las circunstancias de la muerte de Troppau. Erika Heinke conocía a Lehmann y por orden mía había averiguado dónde se ocultaba. Cohen la ha torturado para que se lo dijese, la ha matado, ha ido en busca de Lehmann y le ha matado también; pero no ha podido borrar el rastro que conduce a su persona…

—¡No puede ser!

—Entonces, ¿es cierto que mató usted por celos a Troppau y que ahora ha asesinado a Lehmann y a la muchacha?

—¡No! —Piassava volvía a descomponerse—. ¡No, no, no! ¡Eso tampoco!

Hubo un breve silencio. Wall reía.

—Está bien, probaremos otra versión. El comienzo es como usted lo ha descrito: Hilaire Cohen quería aprovecharse de la gran especulación de Troppau aunque fuera arruinando a este. Pero, a diferencia de lo que usted dice, no encontró la manera de lograrlo. Su única posibilidad de éxito consistía en anular a Troppau, en eliminarle en el momento crítico de la operación; así, cuando las circunstancias evolucionasen en el sentido previsto, sería él, no el alemán, quien recogería sin competidores las ganancias. El medio más seguro de conseguir esto era, simplemente, matar a Troppau. Nuevamente ha dicho usted media verdad, Piassava: Cohen les metió a usted y a Issy Dumas en el asunto para alcanzar con mayor facilidad sus objetivos, valiéndose del negocio de modas como pretexto, y por esta razón se efectuó el famoso viaje en yate. Sólo que la idea auténtica no era vigilar a Troppau, sino asesinarle cuando llegara la hora. Y para ello contaba con la colaboración de usted.

—Pero yo… yo no…

—Usted sí, Piassava. ¿Qué parte obtuvo en los beneficios? ¿Tuvo también su parte Issy Dumas?

—¡Cállese! —gimió el modisto.

—El momento propicio para el asesinato —prosiguió Wall imperturbable— se produjo en Hamburgo. Supongo que aquel día había alcanzado la ambiciosa especulación de Troppau su punto crítico, y Cohen,

que lo esperaba, decidió actuar. Usted y él desembarcaron a primera hora de la tarde. Ignoro lo que pasó desde entonces hasta su regreso, aunque Kurt Lehmann lo sabía perfectamente; pero sí sé que cuando volvieron a bordo llevaban a Troppau ya cadáver. Fingieron que estaba borracho como otras veces y engañaron al marinero de guardia. Le condujeron a su camarote. Pusieron la pistola en su mano… ¡Estoy viéndolo, Piassava! Un tiro al aire sembró la alarma en el buque. ¡Suicidio! Ustedes no sabían nada, se encontraban cada uno en su camarote, ya medio dormidos… ¿Para qué seguir? El secreto ha sido al fin revelado. Expoliar y matar a Alfred Troppau les produjo a ustedes una fortuna, pero, a la larga, el crimen cuesta siempre el precio más caro que un hombre es capaz de pagar.

Piassava tenía la boca abierta como si le faltase aliento, estaba lívido de terror.

—¡Yo no intervine! —jadeó—. ¡Le juro que no intervine!

—¿Ocurrieron o no las cosas como le digo?

—¡No lo sé!

—¡Basta ya de invenciones! —exclamó Wall violentamente—. ¡Troppau no se suicidó! ¡Vuelva a mentirme y le parto la cara!

Levantó el puño, y el modisto, tembloroso, se encogió.

—¡Fue Cohen! —chilló.

—¿Cómo?

—¡Le mató Cohen! ¡Yo nada tuve que ver con ello!

Wall respiró profundamente.

—¿Sostendría esa declaración ante un tribunal?

—¡Déjeme!

—Muy bien, Piassava. —El agente retrocedió unos pasos y encendió con alivio un cigarrillo—. Celebro que empiece a ponerse en razón: que a Troppau le mató Cohen es la primera cosa sensata que oigo. Ahora, haga el favor de vestirse de calle y venir conmigo.

Piassava le miró sin comprender. Las palabras apenas hallaban eco en su cerebro aturdido por la desesperación.

—¿Qué dice?

—Que nos vamos, que usted me acompañará.

—¿A dónde?

—A repetir su acusación ante la policía.

—¡No, por el amor de Dios! ¡No!

—¡Piassava, no me haga gastar más saliva! ¡Inmediatamente!

El modisto semejaba un animal acorralado. La mención de la policía parecía haberle hecho comprender la importancia de lo que había dicho, pero era tarde para echarse atrás y, asustado de sus propias palabras, buscaba una vía de escape inexistente. Cuando Wall avanzó amenazador hacia él se derrumbó su última resistencia. En gesto implorante extendió

hacia adelante las manos.

—Sí, haré… haré lo que usted quiera… ¡Por favor!

—Ahora mismo!

—Sí, ahora mismo.

Apabullado, vencido, se dirigió hacia una puerta de la pared lateral del estudio. Wall le siguió. La puerta comunicaba con el dormitorio.

—Déjela abierta.

Piassava obedeció sumisamente. Del armario, donde se alineaban lo menos veinte trajes, tomó una chaqueta y una corbata. Se puso la chaqueta. Con la corbata en la mano abrió una nueva puerta, la del cuarto de baño esta vez. Desapareció momentáneamente de la vista de Wall, pero este le oyó abrir el grifo del lavabo.

Transcurrieron veinte segundos.

¡Sonó el ruido de la puerta de la escalera al cerrarse de golpe!

Wall se maldijo para sus adentros. ¡El modisto le había engañado con su actitud de completa derrota! El cuarto de baño tenía sin duda una segunda puerta que comunicaba con el vestíbulo, por ella acababa Piassava de escapar.

Se lanzó en su persecución, directamente, sin pasar por el dormitorio, saliendo al vestíbulo desde el estudio. Pero no había llegado aún a la puerta de la escalera cuando supo que para perseguirle era demasiado tarde.

¿Por qué ocurría aquello? ¿Por qué precisamente entonces?

Tres disparos consecutivos se oyeron en la escalera, tres disparos que Wall sintió repercutir en su mente. Se precipitó a la puerta como loco, la abrió y saltó al rellano.

¡Demasiado tarde, en efecto! Roland Piassava, todavía con la corbata en la mano, yacía hecho un ovillo en el primer descansillo, y su posición era inconfundiblemente la de un hombre muerto. Los pasos de quien disparó contra él resonaban aún en la portería de la casa.

Wall se asomó por el hueco de la escalera, pero no vio a nadie. Prescindió del modisto y echó a correr escaleras abajo: quien le interesaba no era un hombre muerto, sino vivo.

Fue inútil. Oyó a un coche demarrar rugiendo. Cuando ganó la calle el coche doblaba sobre dos ruedas la primera esquina. Las voces alarmadas de los vecinos de la casa, interrumpido su sueño por los disparos, le llegaron en el momento en que abría la portezuela de su «Alfa Romeo» con la esperanza de que no fuera también inútil seguir el coche del asesino fugitivo…

CAPÍTULO X

El coche había tomado buena ventaja, y a una hora cualquiera del día hubiera sido imposible seguirlo. En la soledad de la madrugada, empero, Wall distinguió sus luces de cola alejándose en dirección al bulevar Saint Germain. El tráfico era nulo. Las calles desiertas invitaban a pisar a fondo el acelerador.

El fugitivo lo pisaba a fondo. Pese a empuñar el volante de un coche rápido, Wall se vio en apuros para no retrasarse y hubo de librar a lo largo del bulevar una desenfrenada carrera. Luego, no obstante, cuando su perseguido atravesó el puente y la plaza de la Concordia y se lanzó por la avenida de los Campos Elíseos, un presentimiento le permitió reducir la velocidad, indiferente al hecho de que las luces de cola desaparecieron en la distancia. Aquel trayecto era el mismo que él había recorrido a la inversa para trasladarse desde la residencia de Cohen al piso de Roland Piassava. Había noventa y nueve probabilidades sobre cien de que la meta del fugitivo fuese la villa del millonario; cien sobre cien si se pensaba que a Piassava le habían matado para cerrarle la boca.

¡Cien sobre cien!

Wall relajó la tensión de sus nervios al llegar a la plaza de la Estrella. Momentos después salía del término de París por la puerta de Maillot y tomaba la avenida de Neuilly para, finalmente, detener el coche ante la lujosa mansión. Entró a pie en el jardín, como la vez anterior. Ahora no se oía música. Los automóviles ya no eran media docena, sino solamente dos.

Se dirigió hacia el más próximo, un «Austin Healey» descubierto; tocó el capó y comprobó que estaba caliente. Aquel era el coche que él había perseguido.

Iba a continuar en dirección a la casa cuando oyó un susurro:

—Wall.

Giró en redondo. Esperó. El susurro volvió a repetirse:

—Wall, estoy aquí.

Procedía del otro coche, un «Vedette» blanco y verde aparcado más allá. El pálido fantasma de una mano se movió en la ventanilla delantera.

Era Ariane.

—¿Tú?

La sonrisa de la muchacha brillaba en la oscuridad.

—Ven, sube; siéntate.

Wall mantuvo cerrada la portezuela, que ella intentaba abrir.

—¿Qué estás haciendo en esta casa?

—He venido a traer al señor Alphand. No le gusta conducir de noche.

—Bien, ¿y qué hace Alphand?

—¿Qué haces tú?

—¡Contéstame!

Ariane se tocó significativamente el parche de esparadrapo que llevaba en la mejilla.

—Hilaire Cohen ha llamado por teléfono pidiéndole que viniera.

—¿A esta hora? Entonces, ¿son amigos?

—¡Amigos! —rio quedamente la joven—. Nunca han cruzado una palabra; y por lo demás, Cohen debe de ser una de las diez o doce personas que el señor Alphand más detesta en el mundo. Pero la muerte de Lehmann ha dejado el programa del viernes en el aire y el señor Alphand haría cualquier cosa por salvarlo. Lo primero que ha hecho, que no es poco, ha sido comprometerte a intervenir a ti.

—¿Para qué quería Cohen que viniese?

—Ha dicho solamente que para el señor Alphand sería de interés vital. El cree que está asustado y pretende sobornarle, pero Cohen no sabe que las declaraciones de Lehmann le atañían; a no ser…



Piassava no era un enemigo despreciable.

—Lo sabe. Yo sé lo he dicho.

—Bien, el señor Alphand contaba con ello. Últimamente ha dedicado a Cohen mucha atención.

—¿Últimamente?

—Desde que le mencionó Lehmann.

Wall señaló el «Austin Healey»:

—¿Estabas ya aquí cuando ha llegado ese coche?

—Sí. Hace un instante.

—¿Quién venía en él?

—Uno con tipo de boxeador. No he podido verle bien.

—¿Ha entrado en la casa?

—Como si fuera la suya. Wall…

—Déjame en paz, nena.

—Wall, crearás un conflicto si entras. Espera a que haya salido Alphand y te diga lo que ha hablado con Cohen.

Él la miró de hito en hito.

—Nena, ¿a ti te gusta la alta costura?

—¡Qué tontería! A todas las mujeres… ¡Wall! ¿Qué quiere; decir?

—Que te doy el pésame. Hace unos momentos que Roland Piassava ha muerto, asesinado por el pájaro con tipo de boxeador, o sea, el guardaespaldas personal de Cohen.

Se desasió bruscamente y echó a andar hacia las escaleras de la terraza.

—¡Wall, no vayas! —exclamó Ariane ahogadamente—. ¡Wall! ¡Wall!

La terraza lateral se hallaba casi a oscuras, pues únicamente una lámpara estaba encendida en el salón, junto al sofá donde él había visto a Cohen sentado por primera vez. La mesa sembrada de botellas y los restos de la cena fría continuaban allí, aunque los invitados se habían marchado. Hilaire Cohen se encontraba nuevamente sentado en el sofá. Frente a él, ventrudo, pequeño, calvo, pero muy tieso, estaba en pie Roger Alphand. Al hombre con aspecto de boxeador no se le veía.

Wall, desde una de las puertas-ventanas, trató de imaginar lo que ocurriría si entraba y planteaba la situación. Era imprevisible. «Crearás un conflicto», había dicho Ariane. ¿Un conflicto? Sería el fin de Hilaire Cohen, sin duda, pero, ¿cómo encajaría su derrota el millonario? ¡No sin luchar, por supuesto! «Lucharé con todas mis armas»; palabras suyas. El presunto boxeador, su guardaespaldas, no estaba dormido ahora, no acudiría fuera de plazo y a medio vestir si su patrón pulsaba el botón del timbre. Wall se hubiera sentido mucho más seguro teniendo a la vista al pistolero, pudiendo ponerse en guardia contra sus acciones.

Entró.

Los dos hombres se sobresaltaron.

—¿Terminó ya su artículo, Alphand? —preguntó él amablemente—. ¡No! no se levante por mí, señor Cohen… Por si cree que le necesita, le diré que su asesino a sueldo ha regresado hace poco. ¿Tiene timbre aquí?

Hubo un silencio.

—Celebro verle, señor Donovan —dijo el periodista, y parecía realmente celebrarlo. Miró en torno—. ¿Por asesino a sueldo se refiere usted al hercúleo muchacho que acaba de entrar?

—De modo que ha entrado aquí. ¿Ha hablado?

Alphand miraba ahora a Cohen de reojo.

—Ha dicho: «Buenas noches» y «Hecho, patrón». Usted, señor Donovan, probablemente ignora que se llama René Chardon y fue una gloria frustrada del ring. El señor Cohen tuvo la caridad de recogerle del fango después de su tercera condena y nombrarle su pistolero particular. Dicen…

—¿Qué significa esto? —reaccionó coléricamente el millonario—. ¡Donovan! ¿Qué diantre busca usted aquí? ¿Con qué derecho irrumpe en mi casa? ¡Tuve suficiente con sus anteriores impertinencias!

—Más que suficiente —asintió Wall—; lo he comprobado por la prisa que se ha dado en impedir que Piassava pudiera delatarle. Su guardaespaldas le ha pegado tres tiros ante mis propias narices.

—¿Qué? —exclamó Alphand.

Cohen se había puesto en pie. Su rostro adquiría un color violáceo.

—¡Miente, canalla, maldito cerdo yanqui! —rugió.

—¡Sabe de sobra que no miento! Su gorila no es precisamente un asesino delicado. Aguardaba emboscado en la escalera y ha comenzado a disparar cuando Piassava y yo salíamos camino del despacho del comisario Thiess, donde él iba a repetir oficialmente su declaración de que fue usted quien mató a Alfred Troppau para desbancarle en su especulación de uranio. Su «Austin Healey» es un coche veloz, pero mi «Alfa Romeo» no se queda atrás. Hemos venido prácticamente juntos.

—Asombroso —dijo Alphand, mirando conmiserativamente al millonario.

—Como lo oye —asintió Wall—. Estamos en el desenlace de la antigua y repugnante historia.

Cohen se ahogaba. Sus manos temblaban convulsivamente.

—¡Me las pagarán! ¡Hay leyes, hay justicia en este país! ¡No se puede tramar impunemente contra un hombre semejante conspiración! ¡Le advertí, Donovan, que mis abogados…!

¡Cállese! Sí, me advirtió que lucharía con todas sus armas, pero sus armas están enmohecidas. Funcionaron bien el verano del cincuenta y cuatro. Ahora le ocasionarán a usted mismo la muerte. ¡Son cuatro asesinatos, Cohen!

El millonario se encaró con Alphand.

—¡Usted ha montado esta intriga! Diga su precio y terminaremos de una vez.

—El precio es su cabeza —sonrió el periodista.

—Hablo en serio. ¡Conozco su fama, Alphand! Detrás de todo esto se oculta un vulgar chantaje. Fije la cifra, ya ve que estoy dispuesto a pagar.

—Yo también hablo en serio. Me daré por muy bien pagado cuando suba usted los peldaños de la guillotina y piense que no hay que juzgar a un hombre por su fama. Debió haberlo pensado ya cuando me llamó por teléfono.

—¡Diez millones de francos, Alphand!

—No. El dinero, entérese, no lo puede todo.

—¡Quince millones!

El periodista se encogió de hombros.

—Será mejor que avise a la policía. ¿O quiere hacerlo usted, Donovan?

Los ojos de Wall descubrieron un aparato telefónico en una mesilla próxima al sofá.

—Yo mismo.

Dio un paso hacia allí.

—Quieto, pimpollo —dijo una voz desde la oscuridad—. Les tengo encañonados. Habrá fiesta si mueve un solo dedo.

Wall se detuvo con resignación. Sabía que aquello podía ocurrir, y había ocurrido; pero, ¿cómo haberlo evitado?

CAPÍTULO XI

Hilaire Cohen sacó un pañuelo y se secó nerviosamente el sudor que le bañaba la cara.

—¡Condenado holgazán! —rezongó. Su indignación no ocultaba el alivio que sentía—. ¿Qué hacías? ¿Por qué has esperado tanto?

Wall miró a Alphand y le vio rígido, pálido, pero sereno. Cuando sus miradas se cruzaron, el periodista enarcó las cejas.

—Me distraje escuchándoles —dijo el ex boxeador. Salió de la zona de penumbra y se aproximó paso a paso a los tres hombres y a la luz. Su manaza sostenía una negra y sólida «Luger»—. Pero, la verdad, no me pareció que hubiera peligro hasta que hablaron del teléfono…

—¡Procura no pensar nunca por tu cuenta! —replicó el millonario. Todo el miedo, toda la incertidumbre que había soportado momentos antes se desahogaban ahora en una cólera frenética. Su rostro no solo había recobrado el color, sino que estaba rojo como una amapola—. ¡Tú has tenido que estropearlo, tú, pedazo de animal! ¡Debí suponerlo! ¿Qué has hecho en casa de Piassava? ¡Di, responde, vamos!

Agitaba el puño ante la faz del pistolero, y este pestañeó.

—He cumplido sus órdenes.

—¿Cómo las has cumplido?

La atención de René estaba fija en su patrón, por lo que Wall creyó tener una posibilidad de lanzarse al ataque y cambiar las tornas. Se encogió ligeramente y apoyó el peso de su cuerpo sobre la punta de los pies. Pero, aunque casi imperceptible, su movimiento no escapó a la mirada del guardaespaldas. La «Luger» volvió hacia él su negro ojo.

—¡Eh, pimpollo, cuidado!

Cohen semejó recordar la presencia de los dos hombres, que su ira contra René le había hecho olvidar momentáneamente. Se volvió a ellos y avanzó hacia Roger Alphand, mientras Wall relajaba los músculos y, con un suspiro, renunciaba a su propósito.

—Ya ve en lo que estamos ahora —dijo Cohen al periodista, esforzándose sin conseguirlo por adoptar un tono irónico—. Quien gusta de jugar con fuego termina quemándose. Todo esto, usted lo ha querido.

—¿Qué es todo esto? —replicó Alphand.

El millonario le abofeteó. Se desbordó su ira, le venció, le convirtió

durante unos segundos en un monigote que manoteaba y pataleaba mascullando insultos. Alphand se movió para evitar que sus gafas cayeran al suelo, pero, una vez hubo conseguido salvarlas, soportó impávido el torbellino de golpes.

Cohen concluyó por cansarse y, jadeando, dio un paso atrás.

—No olvide este instante —dijo entonces el periodista. Le sangraba un labio, pero su voz era tan fría, revelaba un odio tan cerebral y aséptico, que Wall no pudo menos que mirarle con sorpresa—. Cuando le llegue la hora, Cohen, recuérdelo. Me gustaría que mientras la guillotina desciende sobre su cuello, su último pensamiento fuese que Roger Alphand —lanzó un salivazo sanguinolento a los pies de su interlocutor—, le ha escupido.

El millonario intentó echarse a reír.

—¡Bravatas! ¡Un miserable consuelo!

—¿Qué piensa hacer? —intervino tranquilamente Wall—. Su situación es desesperada. No podemos estar hasta el fin del mundo charlando y presenciando sus arrebatos histéricos con la pistola de su matarife presidiendo la reunión.

—Mi situación es tal y como la han creado ustedes. No se queje, Donovan, si las cosas toman mal cariz.

—No me quejo.

—Quiero decir que no tendré más remedio que eliminarles.

—Diga «matarles», no le dé reparo; yo haría lo mismo en su lugar.

—Bien…

—Vamos, indíquele a René que termine pronto.

Cohen titubeó.

Algo ocurrió en aquel momento: Wall no supo al principio lo que había sido. Creyó advertir que un objeto pasaba zumbando muy cerca de la cabeza de René, que chocaba contra la pared con cierto ruido y que caía al suelo detrás del sofá. Fuera lo que fuese, hizo que el pistolero se volviese, alarmado, crispando los dedos de la mano con que empuñaba el arma.

Wall actuó con la rapidez del rayo: sus piernas le lanzaron contra René, su puño se abatió sobre la mano armada. El ex boxeador soltó un juramento de dolor y sorpresa. Cuando intentó revolverse y reaccionar, Wall aplicó a su brazo una salvaje presa de torsión que le arrancó un aullido. La «Luger» cayó al suelo.

Pero René sabía defenderse. Con una contrapresa logró soltarse, apenas se hubo repuesto del asombro que el ataque le produjo, y enseguida se agachó a recoger la pistola. Wall lo evitó dándole un empellón que le derribó a dos metros de distancia. Se arrojó en plancha contra él. René le recibió pataleando en el aire, consiguió frenarle, aturdido con un impacto en la cabeza, Wall resopló. Sin saber cómo se encontró convertido en blanco de los expertos puños de su enemigo, aturdido por la lluvia de golpes.

Cubrióse la cara y los puntos vulnerables del cuerpo y atacó otra vez, buscando acercarse al pistolero lo más posible. René quiso esquivarle con una típica finta de ring, pero fue demasiado lento. Wall le cazó. Empleó a fondo sus recursos. Disparó de refilón el pie izquierdo contra su espinilla, y cuando el pistolero ensayaba una pirueta para evitar el puntapié le empujó, haciéndole perder el equilibrio, al tiempo que con solo las puntas de los dedos le propinaba un golpe en los músculos del cuello. René se contrajo a causa del dolor, y entonces fueron sus riñones lo que la mano del americano semejó acariciar. Jadeó, se quedó indeciso, turbios los ojos por su callado sufrimiento. Trató de apartarse. Wall le siguió sin perder el contacto y con la mano abierta le castigó primero la nuca y luego, violentamente, la nuez.

El ex boxeador emitió un grito agónico y cayó sentado.

A espaldas de Wall sonó un tiro, un estampido tremendo en el resonante ámbito del salón, seguido de un estertor escalofriante.

Wall puso fuera de combate a René de una patada en la mandíbula y se volvió de un salto. Vio a Hilaire Cohen en pie junto al sofá, medio doblado hacia adelante, desorbitados de asombro los ojos. El estertor escapaba de sus labios. Tenía en la mano, que temblaba convulsivamente, un revólver de pequeño calibre.

Mientras él le miraba concluyó el millonario de doblarse hacia adelante y se derrumbó. Wall supo que estaba muerto antes de tocar el suelo.

—Creí que la puntería se perdía con los años —oyó decir fríamente a Roger Alphand—. Si es así, la suerte me ha acompañado, ¡y en buena hora! Esto es un verdadero obús portátil.

Se refería a la «Luger» del boxeador, que había recogido y con la cual acababa de matar a Cohen.

—Le felicito —replicó Wall, palpándose los lugares en que los puños de René le habían golpeado—. De su actitud deduzco que no es la primera vez que da usted trabajo a los sepultureros…

Alphand fijó la mirada en el cadáver. El fofo y obeso millonario estaba tendido en posición ridícula, la cabeza torcida, las posaderas altas, las piernas medio dobladas. Un charco de sangre se formaba debajo de su cuerpo.

—Desde la guerra —Alphand hizo una mueca y arrojó la pistola al sofá—. Esto es lo peor que podía ocurrir, pero no me ha quedado otro remedio cuando he visto que Cohen sacaba el revólver… ¡El maldito parecía tener la exclusiva de estropeármelo todo!

Wall miró hacia las puertas-ventanas que comunicaban con la terraza y, como suponía, descubrió a Ariane apoyada en el quicio de una de ellas. Echó a andar lentamente en su dirección.

—¿Te ha gustado, nena?

Los ojos de la muchacha relampagueaban.

—Mucho. Ese tipo abultaba el doble que tú.

—Hablo de la exhibición de tiro de tu jefe.

—Me molesta el ruido de los disparos. Pero tú, Wall…

Él la asió del brazo.

—Ven, un trago nos sentará bien a todos.

Alphand se había arrodillado junto a Cohen y le registraba calmosamente los bolsillos cuando los dos jóvenes pasaron camino de la mesa de las botellas. Wall se apartó de la muchacha, fue hasta el sofá y se agachó detrás. Cuando volvió a enderezarse hacía saltar en su mano una piedra del tamaño de un huevo de gallina.

Ariane, completamente serena, llenaba de champaña tres copas.

—Supongo que debo darte las gracias —dijo él, mostrando la piedra en la palma de la mano—; y Alphand… ¡cómo no! Fue esto, ¿no es así? lo que tiraste contra el gorila. Me han salvado la vida media docena de personas en otras tantas ocasiones, pero tú eres la primera mujer.

—¿Resulta humillante? —preguntó burlonamente ella.

—Quizá resulte comprometedor.

—Bien, digamos que no me debes nada —Ariane tomó una de las copas y se la ofreció—. Vi desde la terraza lo que estaba ocurriendo y cogí la piedra. Mi intención era acertar al tipo de la pistola… ¡Oh, he fallado por más de un metro! ¡Qué ridiculez! Tú y el señor Alphand habéis hecho lo demás. ¡Wall, tenemos que beber por Hilaire Cohen!

El frunció el entrecejo.

—A las mujeres suelen impresionarles los muertos; y las que no se impresionan, por lo menos los respetan.

Respeto al difunto Cohen con todo mi corazón —replicó ella alegremente—, pero repito que tenemos que beber por él —levantó su copa—. Gracias a Cohen nos hemos conocido; gracias a que Cohen asesinó a Alfred Troppau e inspiró a Kurt Lehmann la idea de denunciarle. Wall, antes de tropezar contigo yo vivía en una especie de campana aislante. Tú me has revelado lo que son de verdad las sensaciones, y esto…

—¿Quién dice que Cohen asesinó a Troppau?

—Cohen, Piassava e Issy Dumas: el señor Alphand lo dice.

Y también a Kurt Lehmann y a Piassava, en un postrer esfuerzo por asegurarse la impunidad del antiguo crimen —añadió el propio Alphand, aproximándose a ellos. En su voz se advertía una nota de triunfo—. ¿Qué supone usted que contiene esto, Donovan?

Mostraba un sobre de papel blanco, balanceándolo entre el pulgar y el índice.

—Usted sabrá.

—Lo sé, en efecto; mejor dicho, lo imagino. Puede abrirlo. Cohen lo llevaba muy bien guardado en el bolsillo interior de la chaqueta. Es

exactamente lo que a Lehmann le ha costado la vida.

Wall tomó el sobre y observó qué en un ángulo tenía escrito con letras mayúsculas: «Monsieur Alphand». Lo rasgó sin titubear. Dentro había tres negativos fotográficos.

Se dirigió con ellos hacia la lámpara y los examinó al trasluz.

—Curioso, ¿no? —dijo el periodista.

Le había seguido y arrimaba la cabeza a su hombro para ver también. En la primera foto se distinguía a tres hombres en el interior de una habitación, y aquella había sido evidentemente tomada desde una ventana. Uno de los hombres, alto y atlético, aferraba a otro por los brazos, colocado a su espalda, y le hincaba una rodilla en los riñones, mientras el tercero aproximaba a la cabeza del segundo, que a juzgar por su actitud no ofrecía resistencia, el cañón de una pistola. Podía reconocerse sin dificultad en el primer y tercer hombres a Roland Piassava e Hilaire Cohen, respectivamente. El otro le era a Wall desconocido.

La segunda foto mostraba a Piassava y Cohen transportando al hombre inerte por el sendero de un jardín, hacia un automóvil. La tercera había sido tomada poco después que la primera, y en ella Piassava dejaba caer a su víctima al suelo y la pistola de Cohen humeaba.

—Imaginaba algo así, aunque no tan explícito —confesó Alphand a media voz—. ¡Cáscaras! Me pregunto cómo impresionaría Lehmann esos clichés sin llamar la atención… Observe que era de noche. Tuvo, por tanto, que emplear un flash.

Wall se humedecía los labios.

—Lehmann era un espía profesional —explicó—. Es corriente en el oficio valerse de un flash invisible de rayos infrarrojos.

—Comprendo.

—¿Puede prestarme esas fotos?

—¡Donovan! —protestó el periodista. Señaló el sobre—. ¿No lee ahí mi nombre? Era yo la persona para quien Lehmann las reservaba.

—Por unas horas nada más; no pretendo quedarme con ellas, y le juro que no serán divulgadas. Sé perfectamente que puede usted venderlas a cualquier periódico por una fortuna.

Alphand titubeó.

—Está bien —concedió al fin—. Con que me las devuelva a media mañana es suficiente. También usted tiene sobre ellas cierto derecho.

—Pero usted sabía que existían —Wall reintegró los negativos al sobre y se guardó este—. ¿Se lo dijo Lehmann?

—Más o menos…

—Espere un minuto. Hablaremos de todo esto enseguida.

Se apartó del periodista, dirigióse hacia una de las lámparas esparcidas por el salón, la asió, y de un violento tirón le arrancó el cordón eléctrico. Con este ató de pies y manos a René, que estaba inconsciente

aún.

Alphand fumaba un cigarrillo y contemplaba pensativo el cadáver de Cohen cuando regresó a su lado. Ariane se adelantó en silencio a ofrecer a ambos las copas de champaña que había servido, y Wall la aceptó, pero el periodista la rechazó con un ademán. Dijo:

—Al objetarle yo a Lehmann que su palabra no bastaría para hundir a nadie en el fango, como anunciaba que iba a hacer, me contestó que tenía pruebas de cuanto se proponía declarar. Insistí, y precisó que se trataba de pruebas fotográficas. Usted ha venido esta noche a mí piso después de visitar su estudio y hallarle muerto: era de suponer que habría practicado un registro, y sin embargo, comprendí que no tenía consigo las supuestas fotos. Tampoco las ha encontrado la policía. En consecuencia, si existían, debía de habérselas llevado el asesino de Lehmann. Por esto he registrado su cadáver y estaba dispuesto a registrar toda la casa.

—¿Usted sabía, cuando nos vimos en su piso, que el asesino de Lehmann era Cohen?

—Sospeché de él, naturalmente, pero no lo he sabido hasta que ha dicho usted lo de Piassava. Yo estaba seguro de que Cohen había organizado en Hamburgo el asesinato de Troppau; pensaba que Lehmann se enteró, que consiguió pruebas y que durante estos años sometió a Cohen y a Piassava a un chantaje implacable. Hice muchas gestiones, días pasados, para verificar esto, y llegué a averiguar que los dos, Piassava y Cohen, precisamente desde aquel verano, distraían cada trimestre una suma importante cuyo destino era desconocido. Resultó fácil comprobarlo en el caso de Piassava, pero también en el de Cohen lo comprobé. Este pagaba seiscientos mil francos; el modisto, ciento cincuenta mil. No está mal, ¿eh? Me gustaría saber por qué Lehmann renunció de pronto a esta renta y por quinientos mil miserables francos se mostró dispuesto a rendir las armas…

—Iba a morir de un cáncer.

Alphand enarcó las cejas.

—¿Conciencia?

—Digo yo. ¿No le hizo ninguna confidencia el propio Lehmann?

—Ninguna, ni dejó escapar, pese a mis preguntas, una sola palabra sobre el chantaje, sobre si realmente el tema de sus declaraciones sería el suicidio de Troppau, sobre absolutamente nada. Era hermético como una ostra.

—¿Y no sabe usted cómo pudo obtener las fotos? ¿No sabe qué relación le unió a Troppau, o a Cohen, o a Piassava, o al negocio que ellos proyectaban, o a cualquiera de los elementos del asunto?

—Le he dicho en mi casa, y lo repito ahora, que Lehmann era un perfecto misterio para mí. Hallé tantas dificultades en resolverlo que opté por renunciar. ¿Qué sentido tenía empeñarse? El viernes se hubiera

aclarado todo…

—No obstante, sí se empeñó en aclarar lo que atañía a Cohen.

Alphand sonrió cínicamente.

—¡Amigo Donovan, eso era distinto! En primer lugar, debía comprobar que las garantías que Lehmann me daba sobre sus declaraciones eran auténticas; en segundo, existía el riesgo evidente de que a Lehmann le cerraran la boca para que no pudiese hablar el viernes. A ningún precio hubiera consentido yo que su muerte me privase de hincarle el diente a Cohen, ¡un bocado tan apetitoso! No, no, Donovan; no le he ocultado a usted nada, salvo algún detalle. Le he puesto desde el comienzo sobre la buena pista.

—Eso es falso, Alphand.

—¿Falso?

Es decir, en la buena pista introdujo usted un rastro falso. Y me refiero a Issy Dumas.

—¿Qué pasa con ella?

No pasa nada, ahí está. No ha surgido una sola evidencia de que estuviera complicada en el asesinato de Troppau. Cohen me contó un folletín alusivo al asedio que el alemán ponía a su virtud, y Piassava, que acusó a Cohen, se guardó bien de incluirla a ella en la acusación. Sin embargo, usted me ha dicho esta noche que Issy Dumas era una de las tres personas a quienes Lehmann se proponía hundir en el fango.

El periodista pestañeó. Se acentuó su cínica sonrisa.

—Le presento mis excusas, Donovan: tiene usted razón. Consecuencias de la deformación profesional.

—¿Qué quiere decir?

—Lehmann no mencionó a Issy, anunció solamente que hundiría a Cohen y Piassava. Fue al descubrir lo sucedido en Hamburgo el verano del cincuenta y cuatro y saber que también ella se encontraba en el yate cuando la asocié mentalmente a los dos hombres. Para mí instinto periodístico, la combinación de un millonario judío, un modisto famoso y una estrella de cine no podía fallar.

—Pero. ¿Lehmann no la mencionó?

—Aunque quizá fuese porque carecía de pruebas contra ella, no.

Wall suspiró.

—Lo celebro.

Echó a andar, salvó de una zancada el cadáver de Cohen, rebasó el sofá y se dirigió a la mesilla donde estaba el teléfono que provocara la desafortunada intervención de René.

—¿A quién va a llamar? —preguntó Alphand.

Sonreía aún. A su derecha, Ariane bebía champaña y miraba ensoñadoramente al americano. Este pensó que era un buen momento, un buen final para la larga y agitada noche que comenzara con el hallazgo del

cadáver torturado de Erika Heinke.

Por las puertas-ventanas se veían en el cielo los primeros colores del día.

—Voy a llamar a la policía —dijo.

Y marcó el número del comisario Thiess.

CAPÍTULO XII

Faltaban cinco minutos. Thiess, que no podía dominar sus nervios, caminaba de uno a otro extremo de la santa de espera de la emisora.

—Me han colocado varias veces el micrófono ante el hocico confesó a Donovan, encendiendo el décimo cigarrillo en poco rato—, pero siempre fue en caliente, para obtener una declaración o un comentario ocasionales, que uno masculla sin importarle un ardite si se entienden o no. Esto es en frío, y no hay derecho. ¡Debí negarme! ¿Quién más vendrá? ¡Cuerno, cinco minutos! ¿Por qué no está aquí ya ese canalla de Alphand?

Donovan le miraba con interés.

—Nunca creí verle de ese modo, comisario.

Thiess interrumpió su paseo.

—¿De qué modo?

—Temblando de miedo. Hasta hoy daba gusto tratar con un tipo tan frío y ecuánime como usted. Y por si quiere saberlo, no es Alphand el culpable de sus terrores, sino yo. Yo he exigido su presencia, su intervención en el programa.

El nerviosismo del comisario se calmó al instante.

—¿Usted?

—No he querido acaparar toda la gloria.

—Vamos, Donovan, le conozco. Diga la verdad.

—Es la verdad. He exigido la intervención de usted y de Issy Dumas. Naturalmente, a Roger Alphand le ha parecido de perlas.

¿De Issy Dumas? —preguntó recelosamente Thiess. En un segundo había recobrado su glacial talante, la mirada serena de sus ojos grises, la estólida calma profesional—. Pero oiga…

La puerta de la salita se abrió y entró una cascada de voces y risas. Luego apareció Issy, seguida de Alphand y de Ariane. Esta llevaba una carpeta. Alphand parecía ligeramente acalorado y colérico. La estrella, Que vestía un sencillo traje sastre blanco, con una flor roja en la solapa, esbozaba una sonrisa de cansancio.

Wall se levantó de la butaca en que estaba sentado y por un instante admiró el contraste entre las dos mujeres: la gatita persa de magnético atractivo y la morena de ardiente temperamento. Se disponía a saludar a Issy cuando el periodista se colocó en primer plano, le asió del brazo e hizo

seña a Thiess de que acudiese.

Vamos, no hay tiempo que perder… ¡Esos condenados fotógrafos! ¡Y la multitud! La idea de que Issy viniera ha sido suya, Donovan, y si llegamos a… ¡Oh, infiernos! Bien, quiero pedirles que se comporten con naturalidad. Mis emisiones son siempre espontáneas, ningún diálogo preparado; simple conversación; yo cuidaré de guiar el tema. ¿Preparados? Por aquí, señorita Dumas…

Otra puerta se había abierto y un hombre les llamaba con gestos apremiantes. Pasaron a una sala donde había cuatro mesas muy juntas, cada una con un micrófono encima. A la derecha estaba la ventana de control.

Alphand ocupó una mesa de cara a la ventana.

—Siéntense, por favor, y tranquilícense. Gracias —dijo, cuando Ariane depositó ante él la carpeta abierta—. Procuren hablar cerca del micrófono, pero retírense un poco en cuanto hayan terminado. Quien lo desee puede fumar. Atención.

Issy se instaló a su derecha, Wall junto a Issy, Thiess a la izquierda del periodista. Ariane permanecía en pie detrás de este. Durante unos momentos guardaron silencio, esperando. Luego se encendió sobre la ventana del control una luz verde y Alphand asintió con un movimiento de cabeza.

—Como todos los viernes —comenzó a recitar con voz clara y pausada —, «La historia de hoy» acude a ustedes realizada y presentada por Roger Alphand para brindarles información inédita y de palpitante actualidad sobre los temas que a todo el mundo preocupan interesan y, a veces, divierten.

Era el preámbulo. Lanzando de vez en cuando una mirada a las notas que tenía en la carpeta, Alphand explicó cómo había proyectado dedicar aquel programa a las confesiones de un famoso espía internacional y de qué manera, según habían hecho público las informaciones periodísticas, su personaje había muerto asesinado y un gran escándalo financiero salpicado de crímenes había salido a luz. Rememoró a continuación el suicidio de Alfred Troppau en Hamburgo y relató cuál era la verdad de los hechos de acuerdo con las últimas averiguaciones. Tras ello presentó a Issy Dumas, excepcional espectadora del drama desarrollado a bordo del yate.

Issy se mostró a la altura de las circunstancias. Con voz acariciante respondió a todas las preguntas, dio detalles, aportó observaciones felices. Retrató con gran habilidad a Cohen, Piassava y Troppau, describió los días de tensión vividos mientras junto a ella se gestaba el asesinato y consiguió, con aparente modestia, poner en valor su propia figura.

Alphand se ocupó acto seguido de Wall. Este tuvo que hablar de Kurt Lehmann, de sus antecedentes como espía, de las más destacadas de sus andanzas. Habló también de Erika Heinke, y a través de ella le condujo el

periodista a la cadena de asesinatos. Encendió un cigarrillo para ayudarse a coordinar ideas. Condensó la historia de la terrible noche iniciada en la granja de los Simonetti y terminada en la villa de Cohen, con su progresivo avance por el camino de la verdad, sus tanteos, sus hipótesis y sus luchas, en el mínimo de palabras posible.

—Un trabajo duro y agotador, señor Donovan —dijo Alphand, cuando hubo terminado—, pero apasionante. Desde aquel momento hasta hoy, ¿se ha efectuado algún descubrimiento que ofrezca interés? Debido a sus especiales características, quedaban en el caso tantos puntos oscuros…

—No ha habido exactamente descubrimientos, pero sí se han obtenido datos complementarios y se han probado suposiciones ya formuladas. Creo que al público le interesará, por ejemplo, saber lo que el Deuxième Bureau ha averiguado sobre el hombre asesinado en el estudio de la calle de Saint Sylvain.

—Es decir, ¿sobre Kurt Lehmann?

—Exacto, sobre el hombre a quién hemos llamado Kurt Lehmann y cuyo pasaporte, por otra parte falso, indicaba que se llamaba Ismael Morse. Sugiero que nos hable de esto el comisario Thiess, aquí presente.

Alphand hizo una breve apología de Thiess, mientras este fijaba en Wall sus claras e inquisitivas pupilas, y enseguida le cedió la palabra.

Wall sonreía distraídamente, el cigarrillo entre los labios.

—La identificación del individuo, quien, como se sabe, padecía cáncer y había sido operado años atrás, ha requerido una prolija investigación entre los médicos del país —dijo el comisario con desgana—. Por fortuna ha podido establecerse con la mayor certeza. El hombre se llamaba Louis Boileau y hasta fecha reciente había vivido en Amiens, sin familia, en una habitación que tenía realquilada a una anciana señora. Carecía casi totalmente de recursos, se sostenía con una pequeña jubilación. La operación le fue practicada hace seis años en el Hospital Municipal de Amiens, y durante un cuarto de siglo había trabajado como escribiente en las oficinas de Hacienda de aquella ciudad, de la que no se movió más que durante la guerra, para combatir en el maquis, donde, por cierto, tuvo una heroica actuación. Esto es a grandes rasgos lo que sabemos.

—¡Soberbio disfraz para un personaje como Lehmann! —exclamó Alphand.

—No, usted no comprende —dijo suavemente Wall—. La vida de Louis Boileau ha sido confrontada meticulosamente con las actividades de Kurt Lehmann y se ha comprobado sin lugar a dudas lo que a primera vista se nota ya: Boileau no era ni podía ser Lehmann. El pobre escribiente de Amiens estaba casi muriéndose, solo y abandonado como un perro, cuando, según ha declarado su patrona, recibió una carta que le llenó de alegría, pero cuyo contenido se negó a revelar. Al día siguiente se marchó con rumbo desconocido.

—Asombroso —comentó el periodista, mirando primero a Wall y luego al comisario—. ¿Está descartada la posibilidad de error en esa identificación?

—Descartada —dijo Thiess.

—¿El hombre que debía intervenir en este programa no era, pues, el famoso Kurt Lehmann?

—Ni remotamente.

—Entonces, ¿cómo explican ustedes lo ocurrido?

El brillo de los ojos del comisario delataba su creciente interés en la cuestión.

—Quizá el señor Donovan tenga al respecto algo que decir.

—La explicación no es difícil —asintió Wall—. Kurt Lehmann abandonó bruscamente sus actividades como espía porque, habiendo sido testigo del asesinato de Troppau, disponía de una manera menos agitada y peligrosa de obtener ingresos más regulares y, en total, más elevados que los que aquellas actividades le procuraban. Su chantaje a Hilaire Cohen y Roland Piassava le ha rendido durante años un cuarto de millón de francos al mes, promedio que nunca alcanzó, según he averiguado personalmente en el Servicio de Información de mí país, durante la época precedente. Ahora, empero, deseaba liquidar el negocio, dar por terminado el chantaje y, a ser posible, borrar su pasado; supongo que sería porque ya había ganado bastante, porque estaba envejeciendo, o porque se había enamorado. Y no podía, simplemente, dejar el chantaje en suspenso, pues se exponía a que Cohen, Piassava, o un agente secreto americano, o un agente ruso, o una cualquiera de las, muchas personas que tenían cuentas pendientes con él le reconociera bajo su normal personalidad. Por ello planeó la reaparición de Kurt Lehmann, que debía producirse rodeada de abundante publicidad, y su inmediata muerte, que ocurriría en circunstancias tales que no dejarían lugar a duda sobre el fin del célebre espía. Este popular programa de radio era un medio excelente, y Lehmann lo aprovechó. Sólo que no era él quien tenía que morir, sino un miserable, solitario y desdichado amigo suyo, medio muerto ya: Louis Boileau, a quién escribió una carta, ordenándole que la destruyera después de leída y no mencionara a nadie su contenido, con una invitación a venir a París y a liberarse, cumplidas determinadas condiciones, de la miseria.

Alphand exclamó:

—¡Usted afirma así que Kurt Lehmann sigue vivo!

—Evidentemente.

—Entonces, ¿quién es?

—Es —dijo Wall tranquilamente—, el hombre que sabía que Cohen y Piassava mataron a Troppau y tenía en su poder las pruebas fotográficas del crimen.

—¿Boileau? Pero… si el comisario está tan seguro de que Boileau…

—Exacto. Boileau no sabía de todo eso una palabra.

Hubo un instante de silencio.

—¡Cáspita! —se sobresaltó Thiess.

Wall sonreía mirándole las manos.

—Alphand, el hombre es usted.

El periodista, con gestos perentorios, reclamó del control que los micrófonos fueran desconectados, pero el comisario miró también hacia la ventana, levantó el brazo, y la luz verde continuó encendida.

Alphand quedó inmóvil en su silla, la cara crispada, pálida y perlada de sudor.

—Jamás oí estupidez mayor —dijo débilmente.

—¡Oh, no! Es, por el contrario, lógico y razonable. ¿Objetará que a Boileau le mató Cohen creyéndole Lehmann, para protegerse, como luego no vacilaría en matar a Piassava? ¡De ningún modo! Cohen no sabía, porque nunca se había mencionado hasta que usted me lo dijo a mí, que en este programa se hablaría de él y de la muerte de Troppau. A Boileau le mató usted, y si se ensañó con su cadáver no fue por odio o por barbarie, sino para impedir su identificación. Y mató también a Erika Heinke, porque yo le había encargado que descubriese el paradero de Lehmann, y ella, apenas iniciadas las pesquisas, que lógicamente debían partir de usted, le vio y le reconoció. Asustada, corrió a esconderse. Pero usted la había a su vez reconocido. Siendo un hombre tan bien informado de las interioridades de los servicios secretos europeos, sabía que Erika había estado casada con el hijo de los Simonetti, supuso que la encontraría en su granja, y acertó. Destrozó su cadáver, lo que a mí me hizo creer que la habían torturado para averiguar el paradero de Lehmann; y fue con objeto de que nadie dudara que su muerte y la de Boileau eran obra de la misma mano…

—¡Se ha vuelto loco, Donovan! —vociferó el periodista.

—Usted es Kurt Lehmann —insistió Wall, imperturbable—. Por indicación mía a mí jefe, el señor Finney, nuestro Servicio de Información ha estudiado los antecedentes de usted, su vida, sus ingresos económicos, sus costumbres, sus actividades profesionales. Usted se estableció en París a fines del verano de mil novecientos cincuenta y cuatro, iniciando entonces su actual colaboración en *La Poste Parisienne*, en revistas y en la radio. Anteriormente no había trabajado sino como corresponsal en el extranjero, especialista en cuestiones diplomáticas y militares. Sus movimientos coinciden asombrosamente con los de Lehmann, ¡e incluso estaba en Hamburgo cuando fue asesinado Troppau, un hombre que operaba en los mismos turbios ambientes que usted!

—¡Basta!

—¡No he terminado aún! Durante la guerra luchó usted en el maquis y alcanzó el grado de capitán en la misma unidad a que Louis Boileau

pertenecía…

—¡Me está usted calumniando! —gritó Alphand fuera de sí—. ¡Está cubriéndome públicamente de injurias y lanzando acusaciones que no puede probar!

Wall soltó una seca carcajada.

—¿No puedo probarlas? En la villa de Hilaire Cohen, al término de aquella agitada noche, usted fingió encontrar en poder del millonario muerto las fotos propiedad de Lehmann. Estaban en un sobre cerrado. Yo lo abrí, yo saqué unos clichés que usted dijo no haber visto anteriormente; yo los sostuve ante la luz, y yo los volví a guardar sin que usted los hubiera tocado. Le pedí que me los prestara y tuvo la candidez de acceder.

Los llevé al laboratorio, pero no para que fueran revelados, sino para que se tomasen las huellas dactilares impresas en ellos. Había muchas, todas de una sola persona: Kurt Lehmann, naturalmente. ¿Me hará usted el favor, cuando salgamos de aquí, de permitir que el comisario Thiess tome sus huellas, señor Alphand?

Roger Alphand retiró bruscamente su silla, dio un empellón a la mesa y echó a correr hacia la puerta de la sala. Wall saltó en pos de él, pero apenas había recorrido un par de metros cuando una pierna femenina le echó la zancadilla y le derribó de bruces.

Desde el suelo, sonriendo con resignación, vio que era Ariane quien le había derribado. Thiess alcanzaba en aquel momento al periodista y le reducía sin contemplaciones junto a la puerta. La muchacha corría hacia ellos gimiendo:

—¡Roger! ¡Roger!

Wall pensó tranquilamente que si alguna vez tenía él una secretaria la elegiría como Ariane: fiel a su jefe, secretamente enamorada, capaz de servirle hasta el heroísmo. Alphand había creído conveniente no ser él mismo quien «descubriera» el cadáver de Louis Boileau. La joven se había prestado a la farsa: debía revelar las señas del estudio donde Boileau yacía, pero no sin fingir desesperada resistencia… Estuvo bien, muy bien. Supo aguantar hasta que la brasa del cigarrillo chamuscó su tez. Era mucho aguantar, tratándose de un tipejo ventrudo como Roger Alphand.

* * *

—Yo era un chiquillo —explicó Wall—, pero todavía lo recuerdo bien. Ocurría, como he dicho, en el patio de mi casa. La gatita esperaba runruneando a su galanteador, y de pronto, cuando le tenía a su alcance, se arrojaba contra él bufando, arañando y mordiendo…

Perdí la cuenta de las veces que los gatos salían huyendo y maullando lastimeramente. Sin embargo, al final, hubo uno que no huyó. Fue extraordinario. Hubieras tenido que ver entonces a la gatita persa…

Issy Dumas se desperezó sobre la gruesa alfombra y agitó el hielo en su vaso de whisky. La música había cesado de sonar.

—Vuelve a poner eso de Belafonte —dijo ella—. Luego calla y siéntate aquí.

FIN

LLUVIA DE ESTRELLAS

Kaoru Yachicusa

N.º 947 Destacada figura del teatro nipón, a la que muy recientemente hemos podido admirar en la versión cinematográfica de "Madame Butterfly". Kaoru posee notables dotes de mímica y declamación.

Foto C. B. FILMS



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

PROYECTO, 2 - BARCELONA - (España)

Precio en España: 6 ptas. Impreso en España - Printed in Spain